



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO

Mónica Zamudio (Ciudad de México, 1984). Estudió la licenciatura en Artes Visuales en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM, enfocándose en el área de Pintura. Ha participado en varias exposiciones colectivas tanto en México como en el extranjero. Su obra forma parte de colecciones públicas y privadas. Fue beneficiaria del Programa Jóvenes Creadores (2009-2010 y 2011-2012) del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

Las imágenes aquí publicadas son parte de la serie *Fe de erratas*, en la que Mónica Zamudio explora las representaciones del cuerpo en el imaginario médico como una metáfora de errores y variantes en los sistemas complejos.

IMAGEN DE PORTADA



Eduardo Ortiz Jiménez, *Laloide*, de la serie *Cosas que son dos cosas*, gráfica digital, 13.97 × 21.59 cm, 2012

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
Alondra / Marcial Fernández	8
CONCURSO 44 DE PUNTO DE PARTIDA	
SEGUNDA ENTREGA	13
Un instante de insomnio (cuento breve) / Asael Ramírez Soriano	15
Sobre la importancia de las batas de laboratorio (cuento breve) / Mario Arroyo	16
Cosas que son dos cosas (gráfica) / Eduardo Ortiz Jiménez, Laloide	18
El Grupo (crónica) / Carlos Sánchez Hernández	29
La ilusión (ahora) viaja en bicicleta (crónica) / José Alejandro Arceo Contreras	36
Animalia 001 (gráfica) / Said Pérez Amelco	43
Encarnaciones de niños quemados, de David Foster Wallace (traducción literaria) / María Teresa Macouzet Menéndez	48
El equipo de natación, de Miranda July (traducción literaria) / Herson Barona	52
Poemas / Luis Miguel Cruz	57
Aforística / Hiram Barrios	60
3° CONCURSO DE CRÍTICA CINEMATOGRAFICA FÓSFORO	64
<i>Tokyo stories</i> / Luis Cuervo Laffaye	66
La tragicomedia del somos o nos hacemos / David Alberto	70
Ensayo de crítica cinematográfica sobre la película <i>Mitote</i> / Axel Delie	73
No haces más que sufrir / Elizabeth Teresita Guzmán Martínez	76

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles
Rector

María Teresa Uriarte Castañeda
Coordinadora de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 181, septiembre-octubre 2013
Fundada en 1966

Edición: Carmina Estrada
Redacción: Itzel Rivas Victoria
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Imagen de portada: Eduardo Ortiz Jiménez, Laloide
Ilustración de este número: Mónica Zamudio
Impresión en offset: Imprenta de Juan Pablos S.A.
2a. cerrada de Belisario Domínguez 19, Col. Del Carmen
Coyoacán, 04100, México, D.F.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.
Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
correo electrónico: puntoenlinea@gmail.com
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx


Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,
forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

Hay pocas imágenes tan afortunadas para describir el cuento como aquella que lo compara con la punta de un iceberg, debida a Ernest Hemingway. El cuento es, entonces, la parte visible de una inmensa masa sumergida, ese mundo oculto que el lector intuye y que sostiene lo escrito. Publicamos en esta edición tres ejemplos de lo dicho: “Alondra”, del narrador y editor Marcial Fernández —quien generosamente abre el número en nuestro Árbol Genealógico—, y los textos ganadores de Cuento Breve en el Concurso 44 de esta revista: “Un instante de insomnio” de Asael Ramírez, y “Sobre la importancia de las batas de laboratorio”, de Mario Arroyo.

La entrega incluye también a los acreedores de premio en Crónica, Gráfica y Traducción Literaria. En el primer caso, la crónica “El Grupo”, de Carlos Sánchez, descubre una adicción poco conocida: la necesidad de no comer, la búsqueda del placer en un estado alterado al que conduce la desnutrición; por otra parte, José Alejandro Arceo da cuenta de un negocio emergente en el Distrito Federal: la mensajería en bicicleta.

En Gráfica, ambos premios recayeron en series digitales: “Cosas que son dos cosas”, de Eduardo Ortiz, ensayo sobre el doble discurso: la conjugación de imagen y nombre que trastoca ineludiblemente la percepción del conjunto; y “Animalia 001” de Said Pérez Amelco, delicada intervención a representaciones de animales a semejanza de antiguas láminas taxonómicas. Cerramos esta segunda entrega del concurso con Traducción Literaria: “Encarnaciones de niños quemados”, cuento sobrecogedor de David Foster Wallace en versión impecable de María Teresa Macouzet, y “El equipo de natación”, de Miranda July, traducido con pericia por Herson Barona.

El número incluye también un *dossier* con los ganadores de premio en el Concurso de Crítica Cinematográfica Fósforo convocado en el FICC UNAM, así como colaboraciones fuera de concurso: dos poemas del veracruzano Luis Miguel Cruz, un ensayo sobre el aforismo de Hiram Barrios, y el espléndido trabajo de gráfica de Mónica Zamudio, quien comparte imágenes de su serie *Fe de erratas* a lo largo del número.

Concluimos así la entrega de material ganador en el Concurso 44 de *Punto de partida*. Invitamos a nuestros lectores a participar en la nueva edición, que abrirá en breve y cuya convocatoria podrá consultarse en <www.puntodepartida.unam.mx>. 

Carmina Estrada

Alondra

Marcial Fernández

A Sergio y a mí nos gustaba ir al burdel. No para acostarnos con las muchachas, qué va, sino porque ahí podíamos beber hasta la madrugada rodeados de fiesta, de oídos dispuestos a escucharnos y porque doña Dolores, la madrota del sitio, nos quería como a los hijos que nunca tuvo.

Cabe señalar que Sergio y yo pertenecíamos a la oligarquía de este país y que, si bien teníamos estudios en las mejores escuelas del extranjero, éramos un par de escritores que simplemente no escribían y justificaban sus vicios en una supuesta búsqueda de historias que contar.

Una noche, sin embargo, se nos acercó la piedra filosofal de nuestra falsa alquimia. Decía llamarse Alondra y, desde que se sentó a la mesa, tuvimos la sensación de que la conocíamos de otra parte.

Cuando Sergio y la muchacha se levantaron para bailar, mi pensamiento se llenó de una certeza. La tal Alondra se llamaba Yolanda, era española y había sido nuestra compañera —no amiga— en un curso de verano que tomamos hace años en la campiña inglesa. En eso apareció doña Dolores, me dio un picorete en la boca y añadió:

—Veo que Alondra ha cautivado a Sergio. Es la primera vez que lo veo bailar con una chica. Le voy a reservar la habitación azul.

Un poco celoso, la detuve del brazo y le pedí que me platicara la historia de la muchacha. Me miró con ojos de madre y deliberó que mi curiosidad era enfermiza.

—Qué quieres saber de una chica que trabaja en esta casa —dijo—. Ni que Sergio se fuera a casar con ella.

—Y, ¿por qué no? —respondí un poco molesto.

—Porque la vida no es una telenovela en la que la muchacha pobre enamora al joven rico. Y aunque Alondra era una niña bien, hace tiempo que cayó en desgracia. Y tú y Sergio, todas lo sabemos, son novios.

No sé cuál habrá sido mi gesto, pues doña Dolores me observó con ternura. Me explicó que no me preocupara, que Sergio seguiría siendo mío y que, en realidad, Alondra se había convertido en puta por despecho, por convicción, no por necesidad. Y que puta se moriría.

—Ésas, mijito —agregó categórica—, están hechas para la cama, no para cuidar niños.

La madrota se levantó de la mesa al tiempo que Alondra y Sergio regresaron para sentarse. Decidido, le pregunté a nuestra otrora compañera de curso:

—Alondra, ¿por qué no nos dices tu nombre?

Cuando me iba a contestar, Sergio respondió por ella.

—Alondra se llamaba Yolanda y Yolanda ahora se llama Alondra, ¿verdad, cariño?

La muchacha afirmó con la cabeza, por lo que volví a la carga:

—¿Y por qué Alondra y no Aspasia, Magdalena, Lucrecia?

Yolanda me regaló entonces mi primera historia:

—Porque Alondra se llamaba mi peor enemiga.

Marcial Fernández (Ciudad de México, 1965). Tiene estudios de Filosofía por la UNAM. Editor de *Ficticia*, también ha escrito y publicado libros de microrrelato, cuento y novela. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores Artísticos.



Concurso 44 | Segunda entrega



Concurso 44

Premios y menciones



CRÓNICA

Primer premio

El Grupo

Carlos Sánchez Hernández

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

Segundo premio

La ilusión (ahora) viaja en bicicleta

José Alejandro Arceo Contreras

Facultad de Arquitectura-UNAM

JURADO: J.M. Servín y Magali Tercero

CUENTO

Primer premio

Comedores compulsivos

Carlos Javier Dzul Juárez

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Segundo premio

El paraíso de Anselmo

Aurora Mercedes López Flores

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, SUA

Menciones

Ahora sí, adiós

Eduardo Armando Rivera Rocha

Universidad Autónoma de Durango, campus Laguna

Las citas textuales

Herson Alan Barona Ortiz

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Tenebrae

Eduardo Medina López

Universidad Autónoma de la Ciudad de México, plantel Cuauhtepc

JURADO: Ana García Bergua, Marcial Fernández, Fernando de León, Eduardo Antonio Parra y Daniela Tarazona

CUENTO BREVE

Primer premio

Un instante de insomnio

Asael Ramírez Soriano

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Segundo premio

Sobre la importancia de las batas de laboratorio

Mario Alberto Arroyo Arévalo

Colegio de Bachilleres del Estado de Michoacán

Mención

Paráfrasis de vinilo

Isaac Raúl Zepeda Romo

Unidad de Letras de la Universidad Autónoma de Zacatecas

JURADO: Alberto Chimal, Daniel Espartaco y Francisco Hinojosa

ENSAYO

Primer premio

Del humor vegetariano

Víctor Hugo Martínez Bravo

Instituto de Estudios Superiores en Neurociencias, Psicoanálisis y Salud Mental

Segundo premio

Usted no debería leer nada

Sergio Raúl Bárcenas Huidobro

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

Menciones

Fedón: una reflexión

Isaac Gustavo Magaña Gcanton

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Asedios al aura en la obra de Eisenstein. ¡Que viva México! Una odisea colectiva

Alejandro Salvador Ponce Aguilar

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

JURADO: Geney Beltrán Félix, Gustavo Ogarrio y Blanca Luz Pulido

FOTOGRAFÍA

Primer premio

Habitar paisajes

Eder Sánchez Medina

Facultad de Estudios Superiores Aragón-UNAM

Segundo premio

La desilusión de una idea

Francisco Javier Rosales Chávez

Escuela Nacional de Artes Plásticas-UNAM

Menciones

Superficie integrada

María Angélica Velázquez González

Facultad de Ingeniería-UNAM

Allá

Jesús Uriel Mejía Vidal

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Puertas

Abdel Camargo Martínez

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

JURADO: Lourdes Almeida, Lorena Campbell y Vicente Guijosa

GRÁFICA

Primer premio

Cosas que son dos cosas

Eduardo Ortiz Jiménez

Escuela Nacional de Artes Plásticas-UNAM

Segundo premio

Animalia 001

Said Pérez Amelco

Instituto de Artes-Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

Menciones

Trazos fragmentados

Ana Carol Ortiz Nieto

Escuela Nacional de Artes Plásticas-UNAM

¡Mira! Engordé dos kilos

Marisa Ortiz Monasterio Giménez Cacho

Centro Universitario de Teatro-UNAM

Nacimiento de una rafflesia, la flor más grande

Leonardo Cuevas Morales

Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado "La Esmeralda"

Proyecciones

Carlos Alberto Salazar Sandoval

Centro Morelense de las Artes del Estado de Morelos

JURADO: Ernesto Morales, Alejandro Pérez Cruz y Sergio Ricaño

POESÍA

Primer premio

Código Konami

Eduardo Enrique de Gortari Aguilar

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Segundo premio

Fin de Amorexia/Chichén Itzá/ Soy un Quilombo

Óscar Andrés Mendoza del Valle

S.E.N. de Preparatoria Abierta, sede Mérida, Yucatán

Mención

El camino de una larva

José de Jesús Palacios Serrato

Universidad Autónoma de la Ciudad de México/UNAM

JURADO: Rocío Cerón, Eduardo Vázquez Martín y Enzia Verduchi

TRADUCCIÓN LITERARIA

Primer premio

Encarnaciones de niños quemados, de David Foster Wallace

María Teresa Macouzet Menéndez

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Segundo premio

El equipo de natación, de Miranda July

Herson Alan Barona Ortiz

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Menciones

Visto, leído, escuchado, de Driss Chraïbi

Mariana Arzate Otamendi

El Colegio de México

La travestía del manglar, de Maryse Condé

Dulce María Griselda Quiroz Bustamante

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

JURADO: Marina Fe y Mónica Mansour

Segunda entrega

CUENTO BREVE / Jurado: Alberto Chimal, Daniel Espartaco, Francisco Hinojosa

Un instante de insomnio / Primer premio

Asael Ramírez Soriano

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Sobre la importancia de las batas de laboratorio / Segundo premio

Mario Arroyo

Colegio de Bachilleres del Estado de Michoacán

CRÓNICA / Jurado: J.M. Servín, Magali Tercero

El Grupo / Primer premio

Carlos Sánchez Hernández

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

La ilusión (ahora) viaja en bicicleta / Segundo premio

José Alejandro Arceo Contreras

Facultad de Arquitectura-UNAM

TRADUCCIÓN LITERARIA / Jurado: Marina Fe, Mónica Mansour

Encarnaciones de niños quemados, de David Foster Wallace / Primer premio

María Teresa Macouzet Menéndez

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

El equipo de natación, de Miranda July / Segundo premio

Herson Barona

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

GRÁFICA / Jurado: Ernesto Morales, Alejandro Pérez Cruz, Sergio Ricaño

Cosas que son dos cosas / Primer premio

Eduardo Ortiz Jiménez, Laloide

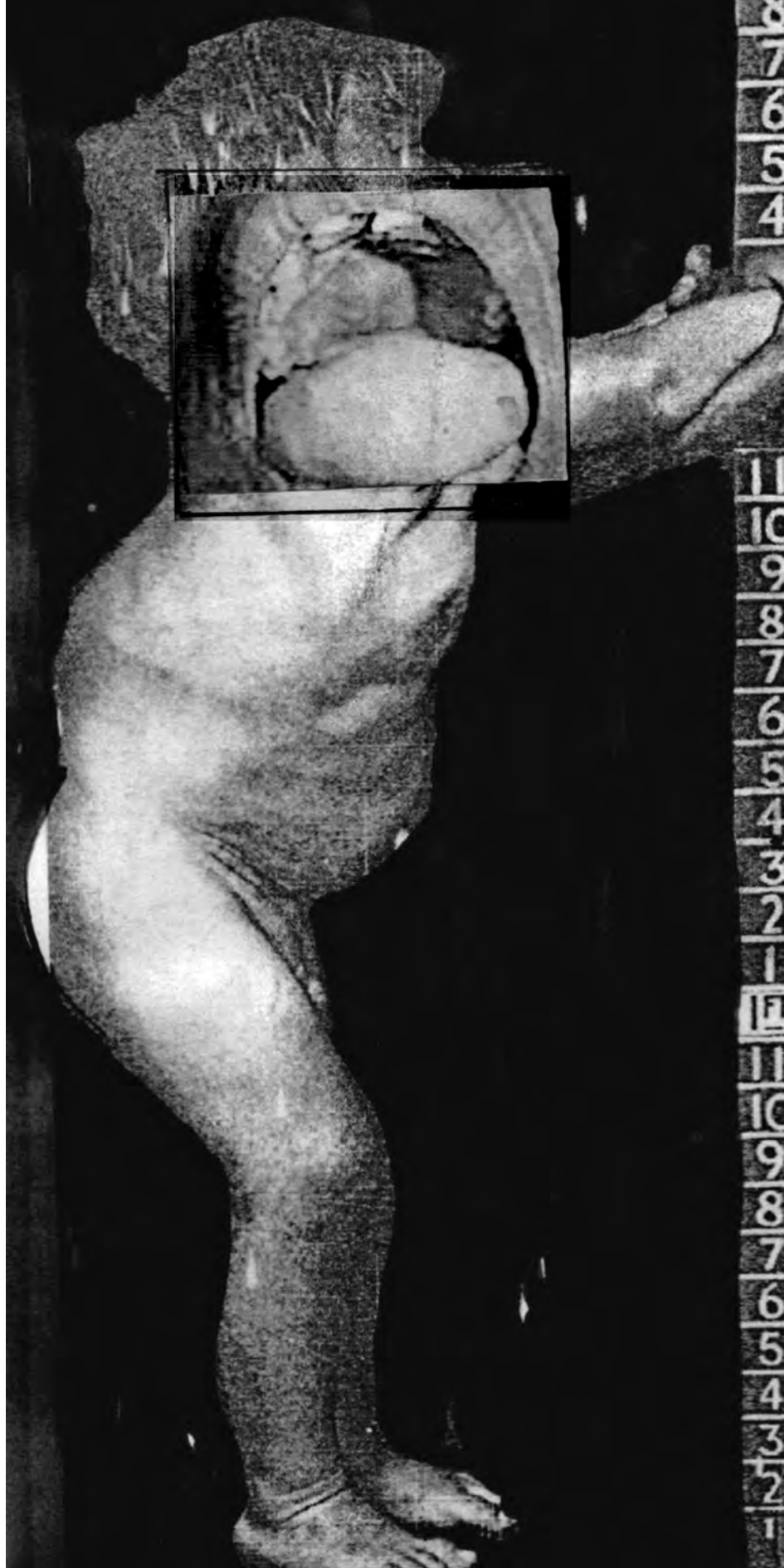
Escuela Nacional de Artes Plásticas-UNAM

Animalia 001 / Segundo premio

Said Pérez Amelco

Instituto de Artes-Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

Mónica Zamudio, de la serie *Fe de erratas*, técnica mixta, 23 x 11 cm, 2013



Un instante de insomnio

Asael Ramírez Soriano

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

Por esas horas, como nadie podía dormir, la calle se poblaba, súbitamente, de personajes en pijamas. Los multicolores trajes de noche distraían del olor a perejil, francamente insoportable, por esas horas. Se podía ver cómo las calles se extendían, cada vez más finas, hasta perderse en delgadísimos hilos que se conectaban entre sí, a lo lejos, como sueños remotos. No faltaba quien, a manera de excusa, fingiera sonambulismo. Los pasos sonaban, suaves, estériles. Contra eso, algunos párvulos se deslizaban por el concreto con vileza. Largos párvulos con ojos agigantados. La luz que emanaba de los faroles y de la luna confluía, tibia, con los pedazos de oscuridad parecidos a enormes ratas demasiado cansadas de tanto comer. Yo, personalmente, prefería el frío al miedo. Si de lo que se trata es de temblar. El doctor, al que así llamábamos, salía sin lentes, por esas horas. La atmósfera resultaba irrespirable. Y respirábamos todos, sin embargo. Yo tejía, dentro de mi cabeza, telarañas verdes que no conocían final. Nunca nadie se me acercó demasiado, pero yo sufría de un terror constante a ser mordido por los demás noctámbulos. Los caprichos de la noche me parecían infantiloides. Las cucarachas, que se desplazaban parsimoniosas, ancestrales. A cada una de ellas debía de corresponderle un astro. Cada vez que una cucaracha muere su espíritu es trasladado hasta su astro correspondiente, sin importar la lejanía. Cosa lógica. Mas, también a la inversa, cada astro, al morir, viaja hasta su cucaracha respectiva. Cada viaje astral dura miles de años. Más que la vida misma. Una vez pisé una cucaracha. Sólo para echar a volar la imaginación. Según la mitología de las cucarachas, existen tantas cucarachas como cuerpos celestes. Y no necesariamente estos últimos viven más que aquellas. Eso lo aprendíamos en la escuela. Mucho tiempo atrás. Antes de que tuviéramos problemas para dormir. Antes de que llegara la hora. **P**

Asael Ramírez Soriano (Texcoco, Estado de México, 1984). Estudia la licenciatura en Lengua y Literatura Modernas Francesas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Sobre la importancia de las batas de laboratorio

Mario Arroyo

COLEGIO DE BACHILLERES DEL ESTADO DE MICHOACÁN

Eduardo Canela es un ingeniero retirado que encontró en el ajedrez una solución a su problema de exceso de tiempo libre. Gracias a esto también ha conocido a muchas personas interesantes que, como él, frecuentan todas las tardes el café Gijón, donde es sabido que todos los pseudointelectuales y artistas frustrados del pueblo beben café, fuman, hablan de política y pasan horas enfrascados en partidas interminables. Entre estas personas Eduardo goza de cierta popularidad debido a sus recientes victorias en un par de torneos locales.

Esta mañana, al adquirir en el puesto de periódicos la más reciente edición de chismes sobre el ambiente ajedrecístico, Eduardo ha comprado también una revista de divulgación científica. En ella leyó un artículo donde se explica que cualquier persona cometerá menos errores (específicamente, cincuenta por ciento menos) al realizar cualquier acción o tarea si lleva puesta una bata de laboratorio. Al ingeniero le causó mucha gracia leer aquello, pero luego recordó que esa revista en especial era una fuente fidedigna de información, así que para salir de dudas decidió comprobarlo él mismo. Después de comprar una bata blanca con su nombre bordado en elegantes y cursivas letras azules, Eduardo se dirigió al café Gijón.

Descubrió que ese cincuenta por ciento representa una gran ventaja en el ajedrez: aunque la nueva adquisición del ingeniero causó risas apenas disimuladas entre sus amigos, todos los presentes estuvieron de acuerdo en que aquel hombre había mejorado su estilo notablemente. Esta idea se reforzó poco después, cuando Eduardo Canela ganó el primer lugar en el campeonato estatal, venciendo sin problemas a sus oponentes.

No fueron pocas las personas que atribuyeron tan aplastante victoria al hecho de que Eduardo no se quitó su bata en ningún momento.

Unos meses después fue llevado al campeonato nacional, donde descubrió con preocupación que un hombre proveniente de Zacatecas también vestía una bata blanca durante las partidas. Como era de esperarse, era un oponente formidable. Eduardo y el hombre de Zacatecas se enfrentaron en una prolongada batalla en la gran final, donde con mucho esfuerzo (y dramatismo rara vez visto en este juego) Eduardo ganó.

Fotografías y recortes enmarcados relacionados con aquel día adornan hoy los muros del café Gijón. En ellos se observa el rostro sudoroso y ensombrecido del campeón estatal, si se presta mucha atención es posible distinguir una segunda bata blanca,



Mónica Zamudio, de la serie *Fe de erratas*, lasergrafía, 15 × 10 cm, 2013

que Eduardo decidió ponerse justo antes de salir al encuentro. “Por si acaso”, se había dicho a sí mismo.

En medio de la lluvia de flashes de cámaras y aplausos ensordecedores, escuchó que una voz en el micrófono anunciaba con orgullo que él, Eduardo Canela, participaría a nivel mundial representando a México.

En ese momento no pudo evitar preguntarse si aquel triunfo era realmente suyo o si era gracias al efecto acumulado de la tela sobre su cuerpo.

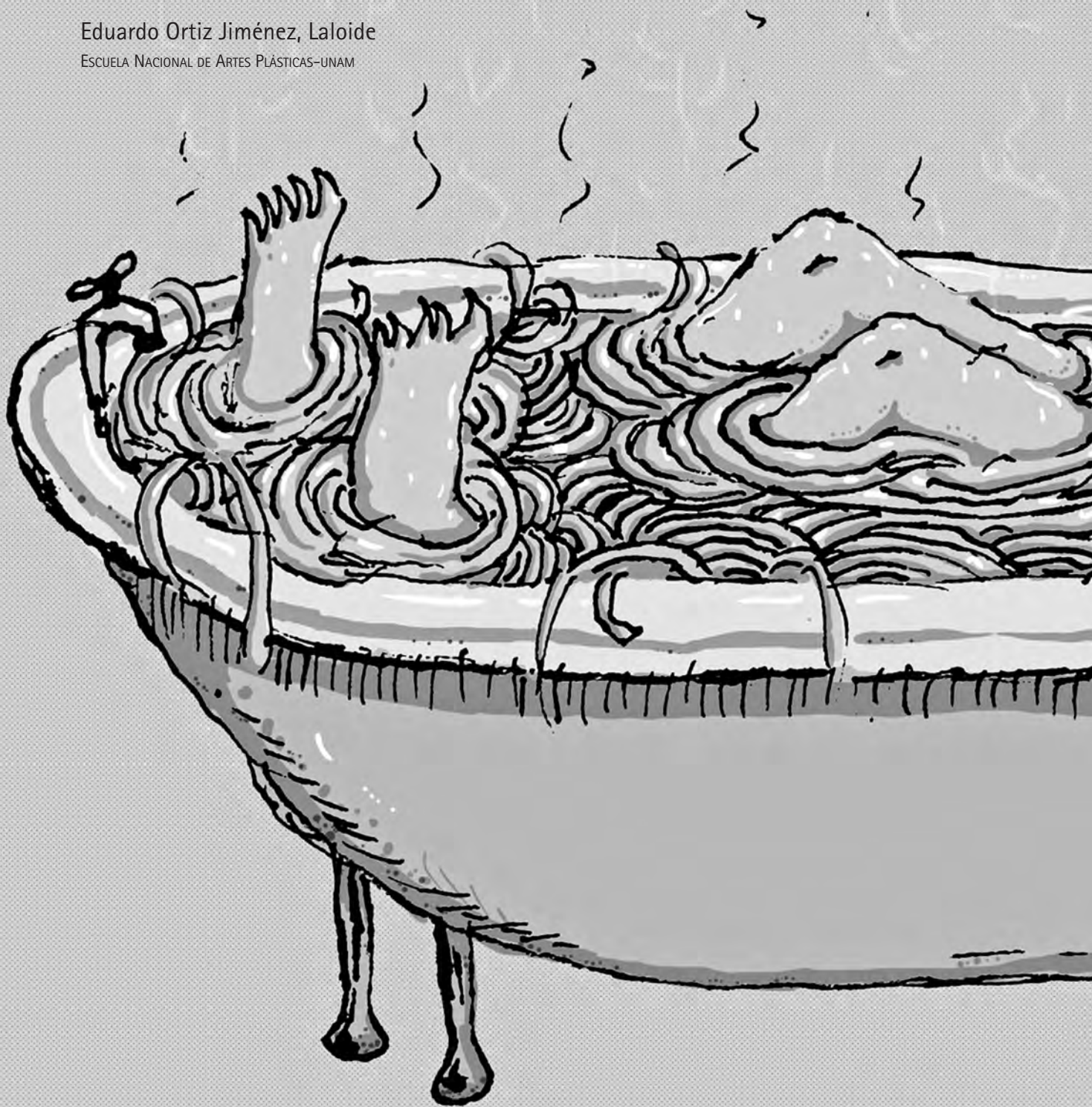
Era importante saber la respuesta pronto, porque de ser lo segundo, Eduardo necesitaría calcular cuántas batas más comprar. 📍

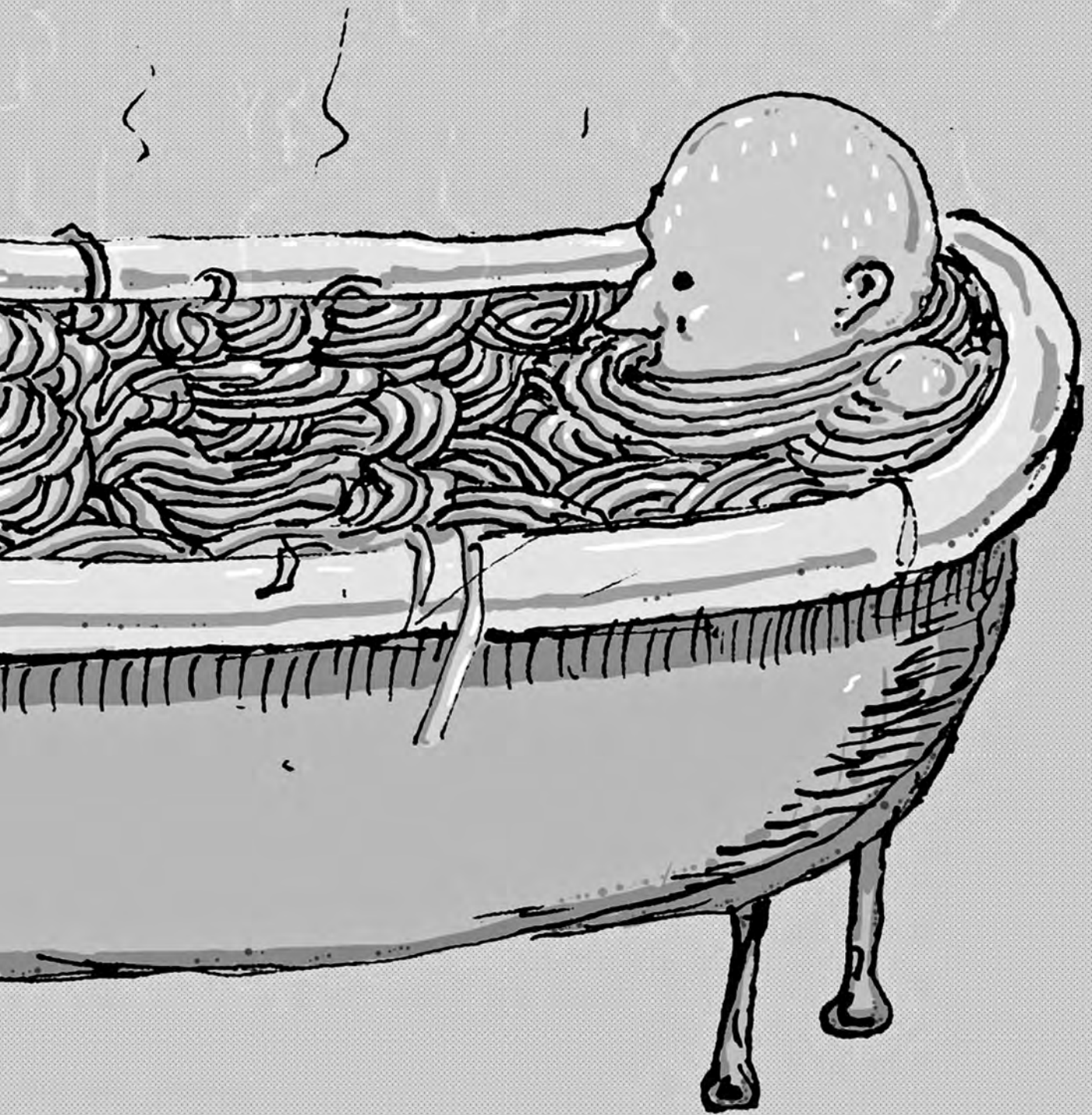
Mario Arroyo (Los Reyes, Michoacán, 1990). Estudia en el Colegio de Bachilleres del Estado de Michoacán. Ha escrito guiones para cortometrajes y ganó el primer lugar en el concurso Ponle Play a Tus Ideas en el año 2010.

Cosas que son dos cosas

Eduardo Ortiz Jiménez, Laloide

ESCUELA NACIONAL DE ARTES PLÁSTICAS-UNAM





ÜETTI

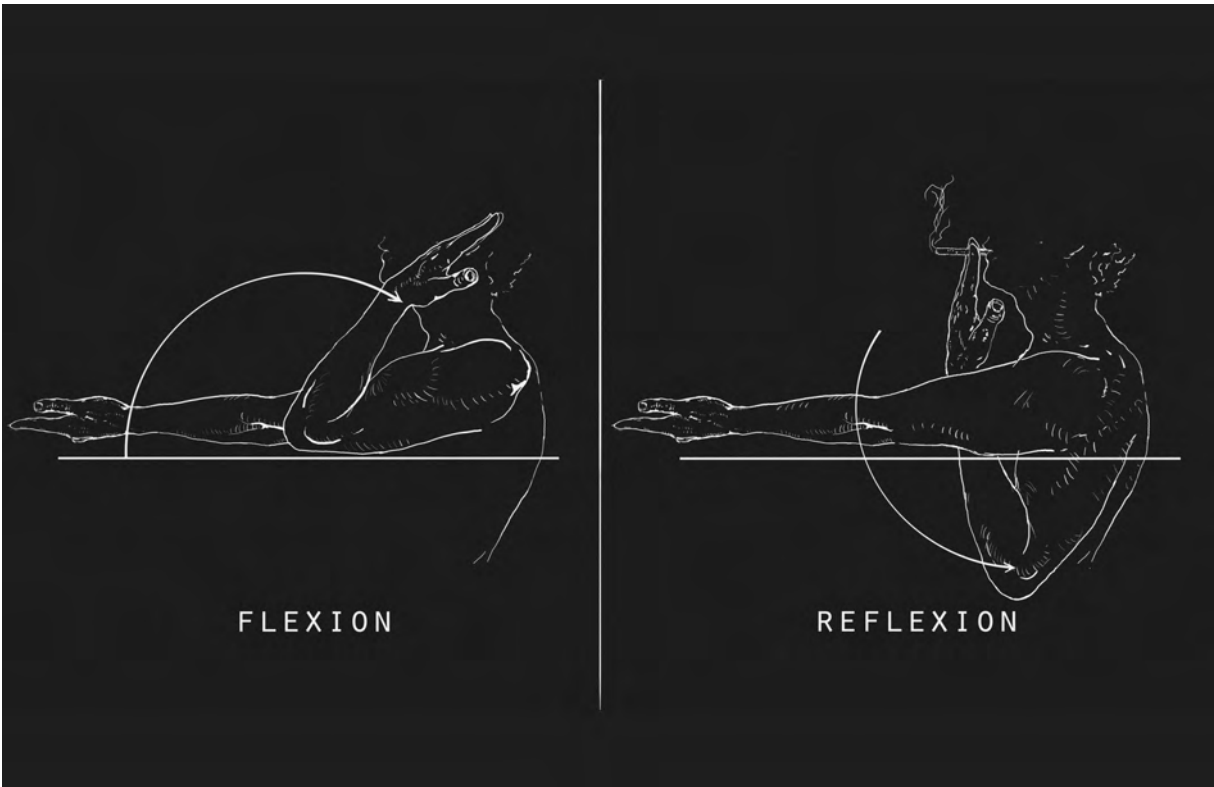
Toda la serie: gráfica digital, 13.97 x 21.59 cm, 2012-2013

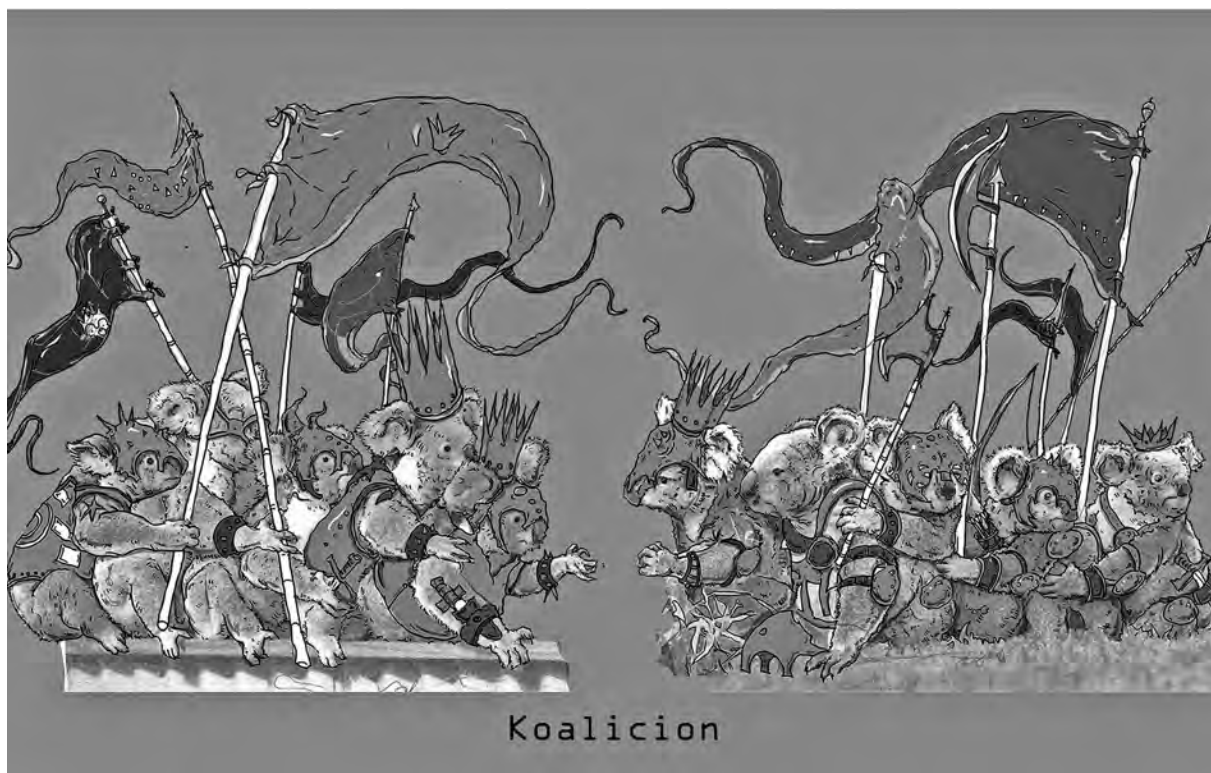


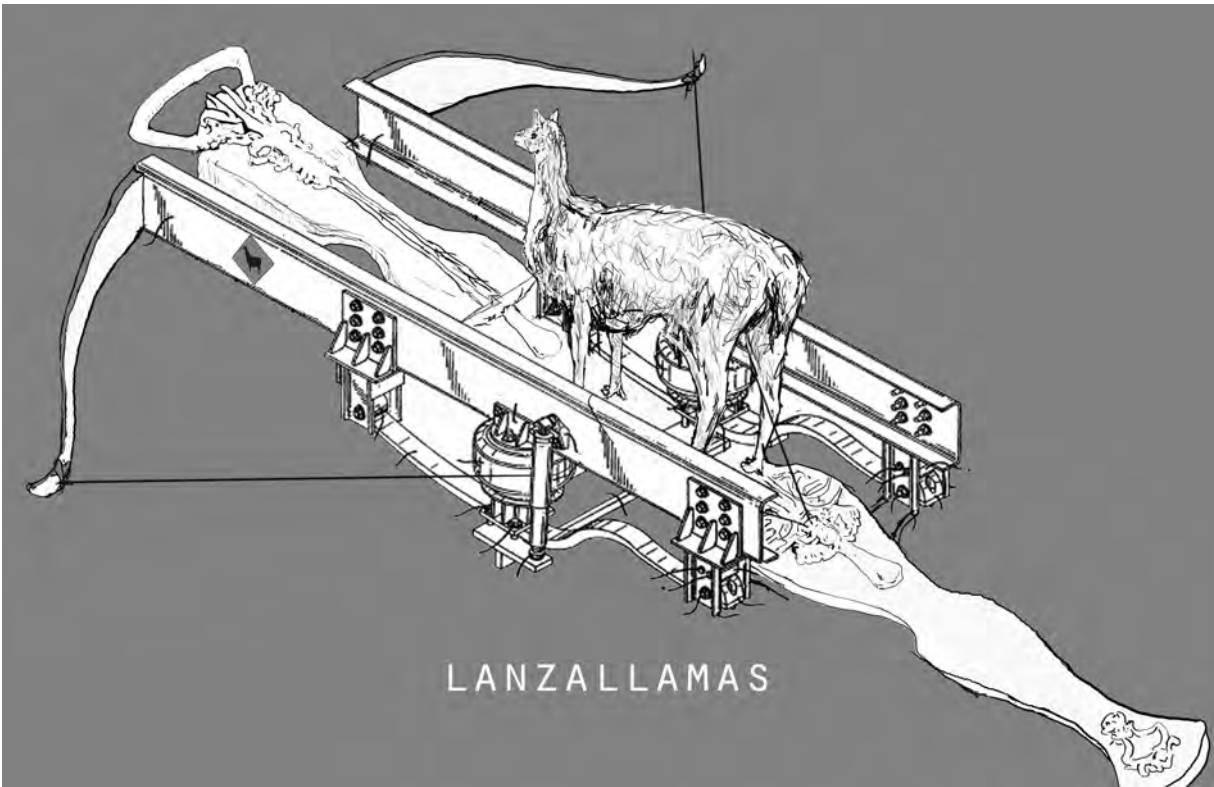




Estrella fugaz













Eduardo Ortiz Jiménez, Laloide (Ciudad de México, 1989). Estudia la licenciatura en Artes Visuales en la Escuela Nacional de Artes Plásticas, UNAM. En 2012 fue aceptado en el taller de producción La Colmena. Está a cargo de los proyectos LaloideComix/Facebook y El cuento de los cuentos.

El Grupo

Carlos Sánchez Hernández

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES-UNAM

I

Aldo Forever postea que sus padres le echaron a perder su récord trayendo a “un par de estúpidos gastroenterólogos canadienses” para salvarle la vida. Aldo Forever no es su nombre real, por supuesto, pero es como aparece en Facebook. Y dice que lo arruinaron todo en el mejor momento, justo cuando llevaba diecinueve días comiendo sólo un puñado de acelgas diario y bebiendo medio litro de té negro. También dice que comenzaba a sentir cosquillas en las costillas y que tenía “fabulosas alucinaciones” en medio de espasmos de risillas desesperadas. Y luego sube una fotografía. Tiene la piel arrugada como una hoja seca y sus ojos están cubiertos por una película lechosa.

Enseguida aparece un comentario de Bonzo Player (dieciocho días de peras y té verde), uno de Sophi Rulé (once días de espinacas y tizana de frutas) y uno de Snow Snow (cinco días de agua caliente con azúcar).

Snow Snow sube además un video de medio minuto. Él no tiene más de treinta años, pero surcos profundos se dibujan entre los tendones de su cuello azul humo y destacan escalonadas formas óseas bajo su piel de pergamino. La mirada está concentrada en su labor: calienta agua y agrega cucharadas de azúcar. La bebe y pestañea con cada trago, como lo haría un sapo. Párpados arrugados como cáscaras de nuez. Cabello apelmazado, oscuro, como un casco de alambre. Bebe lentamente con una expresión ritual. Como una monja rezando el rosario.

Sophi Rulé ha comentado el video:

“Así se hace, Snow Snow, el dolor es la verdad y todo lo demás son dudas.”

A Snow Snow le gusta el comentario de Sophi Rulé. Snow Snow ha comentado su propio video:

“Gracias, sólo que últimamente no puedo dormir aunque esté muy cansado. Dormir se ha vuelto un encuentro nocturno con la destrucción.”

A Sophi Rulé le gusta el comentario de Snow Snow.

Bonzo Player ha agregado otro comentario al Grupo: “¿Alguna vez han tenido esa loca sensación de no estar viviendo su propia vida a su manera?”

Diez minutos después el comentario tiene 91 respuestas y 276 *likes*.

Y después de leer esto ya estás tan perplejo como el día en que naciste. Sin entender absolutamente nada. Chicos que se matan de hambre para sentirse vivos. La nueva droga de los nuevos tiempos. Grupos en Facebook que son los nuevos Clubes de los Buenos Amigos. Que son la versión 2.0 de las fiestas de pijamas.

Y llegado a este punto podrías pensar que sólo son bulímicos o anoréxicos con un tufo existencialista. Y tal vez algunos lo sean. Pero a la mayoría no le interesa más de lo normal que sus cuerpos se mantengan delgados u obesos. Porque de lo que se trata es de no probar alimentos, o lo mínimo, por el mayor tiempo posible. Aun cuando la ghrelina y la leptina le griten al hipotálamo que la glucosa de su sangre es realmente baja. Aun cuando hayan agotado casi toda su reserva de hidratos de carbono y sus intestinos pidan auxilio. Aun cuando tengan tan poca energía que les parezca que levantarse de una silla es como llevar el mundo encima. Aun con todo eso, se trata de mantener el hambre.

Porque sufrir hambre es la nueva forma de drogarse. Porque sucede exactamente lo mismo. Primero está



Mónica Zamudio, de la serie *Fe de erratas*, collage, 32 x 12 cm, 2013

el proceso de tolerancia, luego la dependencia física y el “consumo” compulsivo, la activación de los mecanismos cerebrales de recompensa y al final viene el *craving* (la “necesidad irresistible”).

Y ni siquiera hace falta acudir con especialistas que te lo expliquen. Si tienes cerca una computadora, googlea “Neil Carlson” y algunas palabras clave relacionadas con la dependencia a las drogas, sus efectos en el cerebro y el modo en que llevar el hambre al extremo, “dependiendo de las condiciones de cada individuo, puede ser igual de sedante que consumir opio, tan estimulante como las anfetaminas o incluso más frenético que la cocaína”.

Eso dice Neil Carlson. Y Neil Carlson es el gurú estadounidense de la psicología conductual aplicada al consumo de drogas. Sus estudios están regados por toda la web. Así que si tienes menos de treinta años, eres nativo digital, sientes que las ilusiones del mundo y tus padres y tus amantes y tus amigos te han abandonado y te interesa drogarte matándote de hambre, en menos de diez minutos te habrás bajado la bibliografía base que te ayude a conseguirlo. Así de sencillo. Como buscar una receta de cocina. Como buscar la fecha de nacimiento de un héroe muerto.

Obviamente te saltarás las introducciones y las recomendaciones para mejorar la salud pública mundial. Tal vez también alguna información demasiado técnica. Pero estudiarás a profundidad las secciones donde Carlson detalla cómo el hambre estimula la liberación de dopamina en una zona específica del cerebro, el núcleo accumbens, el mismo fenómeno que ocurriría, en mayor o menor medida, si dieras un beso o si obtuvieras un triunfo.

El problema es que los chicos que buscan el material de Carlson hace tiempo que dejaron de darle importancia a sus victorias y un beso les parece que es chupar el otro extremo de una cañería. Ni el sexo ni llenarse un *hitter* de marihuana les provoca disparos de dopamina similares a los de padecer un hambre perra. Sólo cuando dejan de comer, o comen lo mínimo, las neuronas del área ventral tegmental, en el núcleo accumbens, hacen que el terror se detenga y que el amor del mundo los abrace.

Pero todo esto no tienes que estudiártelo si recibes una invitación del Grupo. Porque usando la plataforma de

Facebook han elaborado prácticas guías para que cualquier principiante pueda comenzar de inmediato su ayuno. Se trata de manuales que son mitad recetarios para no comer y mitad manifiestos. Panfletos que podrían llamarse “Guía Básica para Morirte de Hambre y Entonces Vivir”. O “Biblia de la Antigastronomía para Llenar tu Existencia”. O “Nouvelle Cuisine para Desaparecer”.

Lo que no esperas es que los textos sean tan convincentes. En el primer documento que el Grupo te invita a consultar, por ejemplo, el cierre es este párrafo: “El mundo es un lugar que da miedo. Perecedero. ¿Qué puede durar para siempre?” Y el resto está tan bien escrito que llegas a pensar que tal vez los chicos tienen razón. Que las rocas se deshacen. Que los ríos se secan. Que las frutas se pudren. Que apuñalada la sangre de ricos y pobres fluye igual. Que todos los corazones se arrugan. Y mientras los hombres se vuelven ancianos y a las mujeres les crece bigote, un puñado de chicos en la web, de *enfants terribles* sin reconocimiento y adictos a sufrir hambre, busca sentirse vivo y publica sus éxitos, y se dan consuelo unos a otros y se impulsan como en una hermosa y armónica comunidad virtual de la muerte.

Y si te has dado cuenta de eso, y luego te pones a leer todos los comentarios del Grupo —del 3 de mayo de 2009, cuando fue fundado, al 17 de enero de 2013—, bueno, entonces ya estás perdido. Entonces decides intentarlo. Y aceptas la invitación.

Un nuevo usuario se ha unido al Grupo. A 326 personas les gusta esto.

II

—¿No te das cuenta de que todos estamos girando alrededor de algo que evidentemente no tiene sentido? —le dice la chica al nuevo miembro del Grupo—. Entonces hay que encontrarle sentido.

—Poco a poco el mundo se está yendo al demonio, y eso tú lo sabes mejor que nadie por ser periodista —agrega un chico que está a su lado.

La chica es Magda Gun y el chico es Oliver River. Y tampoco son sus nombres reales. Porque nadie usa su

nombre real aquí, en esta casona en algún tiempo elegante de la colonia Condesa, Ciudad de México, donde tiene lugar una especie de sesión similar a los clubes de autoayuda, pero con la diferencia de que aquí a nadie le interesa mejorar, o por lo menos no mejorar en el sentido de ser ciudadanos comprometidos o padres o hijos o esposas o esposos dignos.

Las sesiones presenciales son los martes y jueves, y cualquier cambio en el horario se anuncia puntualmente vía Facebook, aunque nunca son antes de las ocho de la noche porque antes de las ocho de la noche los perros todavía no ladran. No es una metáfora. En la casa vecina al parecer habitan por lo menos media docena de perros que, por alguna razón, después de las ocho de la noche se ponen a ladrar en coro. Y de ese modo las sesiones del Grupo adquieren un romanticismo, digamos, peculiar. Chicos que se sienten fuera de todo reunidos bajo el clamor de dolientes aullidos de perros fantasma apenados por su propio fallecimiento.

Dentro de la casa, ubicada casi en el cruce de Amatlán y Fernando Montes de Oca, los chicos usan previsiblemente el sótano. Afuera terminan de salir de sus empleos los últimos oficinistas de la zona, una zona poblada de editoriales, agencias de publicidad, diseño y cosas por el estilo. Una zona cubierta por el mismo cielo que cubre a todas las demás zonas. Porque en todas las zonas el cielo es el mismo. Solamente abajo las cosas son distintas.

Y lo primero que identificas cuando llegas a la casa es que quien te abre la puerta no es joven. Al menos no tan joven como el resto de los chicos. Debe tener unos cuarenta y cinco años y es tan amable como si alguien le hubiera pagado para que te abriera la puerta y luego te acompañara al sótano. Y lo segundo que identificas es que sí, que alguien le ha pagado. Igual que le pagaron a la mujer que prepara diferentes tipos de infusiones tras una especie de barra, asistida por una chica, ella sí joven y de mirada huidiza, e igual que le pagaron a dos hombres más que se encargan de buscar estacionamiento en esta caótica colonia. Son la servidumbre de los muertos de hambre.

—No es una especie de lujo, ¿sabes? —se justifica Magda Gun a nombre del Grupo— Tener a personas que

estacionen los autos y nos preparen té o tisanas es realmente necesario, sobre todo cuando hay chicos aquí que llevan dos semanas sólo con agua dulce y están tan débiles que levantarse tres veces en quince minutos les consume la energía de su día.

A las sesiones presenciales acuden un promedio de treinta chicos, porque si bien el Grupo en Facebook tiene más de quinientos miembros, sólo unos cincuenta viven en la Ciudad de México.

Así que aquí estamos. Y en algún momento de la noche esos treinta chicos toman asiento y es cuando Oliver River se para al frente, como un Papa que se prepara para canonizar. Y es así como empieza la sesión.

Oliver River dice: “Somos jóvenes. Pero solamente somos eso. Hemos aprendido a jalar palancas. A presionar botones. A seguir un montón de instrucciones que sencillamente no entendemos. Porque nos dijeron que tendríamos vidas fabulosas. Nos dijeron que si nos esforzábamos lo suficiente podríamos cambiar las cosas. Pero eso no está ocurriendo.”

Y dice: “Solamente queremos dejar de ser la escoria del mundo. Los esclavos de la historia. Queremos dejar de ser esos estúpidos que no hacen sino desear y necesitar.”

Y dice: “Queremos olvidarnos por un minuto de nuestras vidas insignificantes. De nuestros insignificantes trabajos. Queremos obtener por una sola vez algunas pequeñas victorias que merezcan la pena.”

Y dice: “Nadie aquí quiere componer el mundo, adoramos su decadencia. Nadie quiere mejorar el país, eso no nos interesa. No queremos ser mejores ciudadanos ni vigilar a nuestros funcionarios ni despertar la conciencia de una sociedad que todos los días elige los peores escenarios del futuro, que todos los días se clava dagas en el pecho.”

Y dice: “No somos ilusos. Somos los chicos perdidos de las redes sociales. A quienes los medios acusan de frívolos después de habernos matado ellos mismos. Y eso está bien. Eso está perfecto. Así que venga, chicos, vamos a contarnos qué dice el hambre.”

Sí, este chico se ha estudiado bien a Tyler Durden.

Y es así como empiezan tres horas de testimonios. Y es así como puedes aprender un montón de cosas si presen-

tas un poco de atención. Porque los chicos no solamente cuentan todo lo que no han comido y el modo en que sus cerebros han reaccionado, sino que edifican pequeños discursos mezclando rabia y datos curiosos.

Una chica regordeta, por ejemplo, cuyo nombre de hambriento es Caty Star, dice que está “contentísima de haberlos descubierto”, porque “es horrible cómo en las sociedades industrializadas, donde la comida está siempre disponible, se come por rutina, porque es la hora o simplemente por aburrimiento”.

Y luego comienza a contar de manera atropellada lo que estudió en la semana, igual que una chica que quiere impresionar a su profesor en la secundaria. Explica que “la mayoría de las veces confundimos el hambre con el apetito, pero el apetito es esa leve sensación que se tiene entre las comidas regulares y se produce por la caída del nivel de glucosa o azúcar en la sangre...”. El resto de los chicos procura mantener una sonrisa cordial, pero la verdad es que todos saben que la dulce Caty se está citando de memoria uno de los primeros trabajos de Neil Carlson.

—Si el estómago permanece unos días vacío —continúa Caty—, acaba desapareciendo hasta la misma sensación de hambre. Y esto es porque el cuerpo comienza a usar la grasa que le sobra a tu cuerpo, que se llama en realidad cetona y actúa como inhibidor del apetito.

Bravo. Todos aplauden a la dulce Caty que ha hecho tan bien su tarea.

El resto de los testimonios son más crudos y de cierta forma más especializados. Y mientras cada uno va pasando al frente para exponer su miseria, hay murmullos ligeros entre quienes permanecen sentados. Muchos de los chicos experimentados dan breves introducciones a los novatos. Les explican, por ejemplo, que la señal que anuncia la presencia del hambre está localizada en el hipotálamo, que es la región del cerebro intermedio, la cual también se encarga de regular otras necesidades.

Y les explican además que los receptores corporales registran la caída del nivel de azúcar en la sangre —como bien lo explicó la dulce Caty—, y transmiten las señales respectivas al cerebro intermedio.

Y también aprovechan para darles algunos consejos

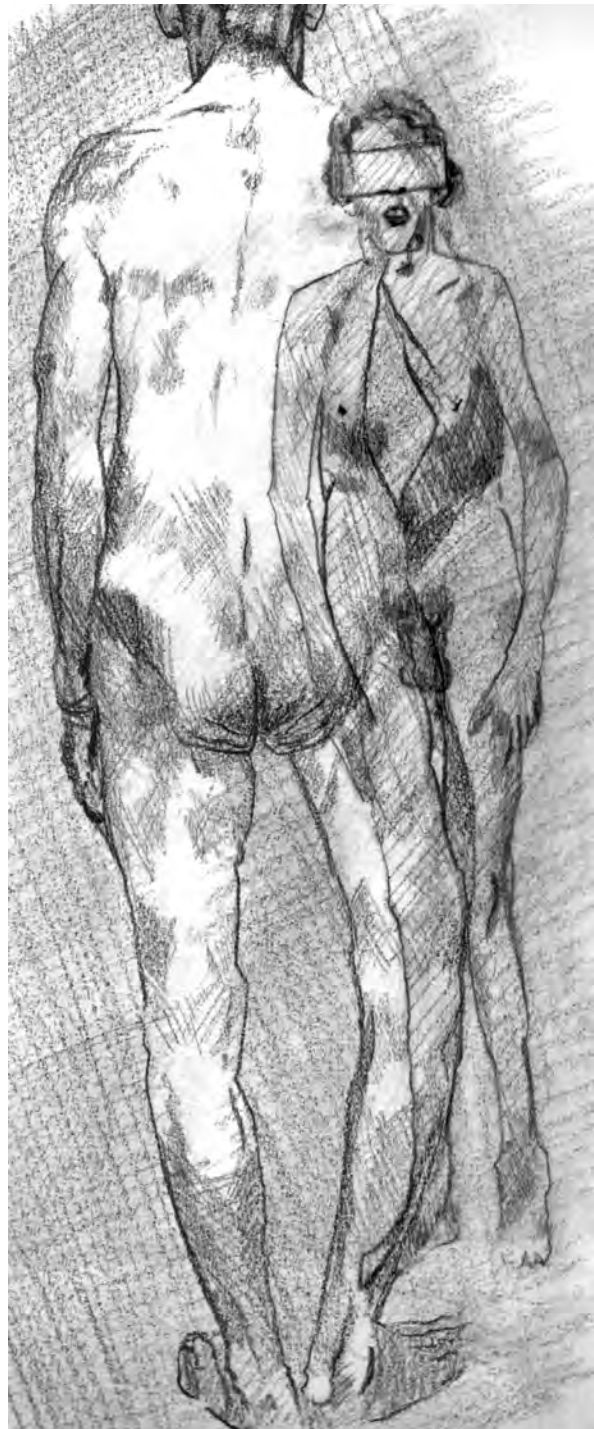
básicos de supervivencia. Les dicen que lo primero que deben saber es que un hombre más o menos sano que pese aproximadamente setenta kilos, tiene quince son grasas, y esa reserva de tejido adiposo es la que mantiene un equilibrio energético mientras el cuerpo se priva de comida, de modo que “puedes sobrevivir hasta cincuenta días sin un puto gramo de comida”.

Y les dicen que la sensación de hambre y el deseo sexual tienen la misma localización cerebral, los mismos circuitos neuroendocrinos y las mismas hormonas que los controlan. Lo que significa, concluyen, que “coger y comer son elementos de sociabilización, satisfacción personal y supervivencia, propios de los animales, por eso no debes caer, amigo, debes mantenerte por encima de eso”.

También escuchas que la palabra alemana *fasten* (ayunar) tiene su origen en el vocablo gótico *fastan*, que significa al mismo tiempo “observar o velar”. Y que “no debe importarte que te llamen adicto” porque en realidad esa palabra se deriva de *dicto* (dicho) y del prefijo negativo *a*, lo que significa que es alguien que no ha querido poner en palabras su angustia vital.

Pero todos estos rumores desaparecen cuando toca el turno a un chico que se ve cansado, pero no luce mal; de hecho es apuesto, con el cabello algo crecido pero cuidado. Es Robert Caimán. Así lo llaman. Y cuando por fin lo ayudan a ponerse frente a su pequeño auditorio, la boca se le estira en la parte baja del rostro, en un rictus blando, y comienza a hablar una octava por debajo de lo normal, el tono forzado de la agonía.

En ese momento todos están atentos a cada una de las palabras que Robert pronuncia. No es que sea el mejor. Ni siquiera el que lleva más tiempo muriendo de hambre. Sólo es el chico aplicado del Grupo. El que ha estudiado con mayor profusión el arte del vuelo hambriento. Por eso todos toman nota cuando Robert Caimán habla. Porque es quien mejor les ha explicado cómo el hambre extrema se infiltra en el sistema de comunicación del cerebro y perturba el envío, la recepción y el procesamiento normal de información entre las células nerviosas, y que es entonces cuando se sobreestimula el “circuito de gratificación” del cerebro. Es el Maestro.



Mónica Zamudio, de la serie *Fe de erratas*, técnica mixta, 30 x 14 cm, 2013

—La verdad es que no les estoy contando ningún secreto —dice Robert Caimán al nuevo miembro del Grupo. La verdad es que todo está en Internet. Basta con navegar durante un mes en la página del National Institute on Drug Abuse y te vuelves un experto. Así googléalo, “National Institute on Drug Abuse”, que significa Instituto Nacional sobre el Abuso de Drogas.

La sesión termina cuando Oliver River vuelve a presidir y dice: “Hey, chicos, ¿qué son casi todas nuestras vidas sino sólo una serie de capítulos incompletos? Actuamos en la oscuridad, hacemos lo que podemos, damos lo que tenemos. Nuestra duda es nuestra pasión y nuestra pasión es nuestra tarea. Gracias por estar aquí. Hasta la próxima.”

Ya en la intimidad de una charla más cálida, Oliver River dice: “Pues claro que sabemos que podemos morir. Pero es sólo morir de un modo de los más de cien mil en que podríamos hacerlo. Yo cuando muera, por ejemplo, y si es que en este momento no estoy muerto, quisiera que fuera de hambre, encogido en mi cama, como en el útero de mi madre, ‘en la cálida sangre de la oscuridad’, como decía el maricón de Capote. Así que no te confundas, amigo, casi cualquier sufrimiento es tolerable siempre que se haya elegido.”

Ése es Oliver River predicando. Ése es Oliver River enamorando a quien lo escucha. Porque sufrir hambre es la nueva forma de drogarte. Porque si todos te abandonan, si dios falla todos los días, todas las noches, siempre te quedarán las dulces palabras de Oliver River para consolarte.

—¿Vienes el jueves? —pregunta Oliver.

La respuesta es una explosión de silencio.

III

Lo primero que Oliver me dijo la primera vez que le dije que todo esto comenzaba a parecerme una verdadera locura fue que yo no soy nadie para burlarme de las ilusiones que hacen vivir a otros.

Eso dice Sophi Rulé al salir de una de las sesiones. Camina junto al nuevo miembro del Grupo porque es de las pocas chicas que no lleva auto y además porque toda-

vía tiene la energía suficiente para caminar hasta Insurgentes, donde la espera un chofer para regresarla a un palacete de Polanco.

Sophi Rulé dice que ella fue una de las primeras cinco personas que comenzó el Grupo. “Porque era divertido. Oliver investigaba todo acerca del hambre y los efectos en el cerebro, y lo probábamos. Luego entramos a Facebook y todo se salió de control. Al menos de mi control. Pero Oliver es un líder. Siempre ha sido carismático y habla de un modo que al final te convence de que todo va a estar bien.”

Ella es la pequeña Sophi, la novia sirena de un pirata ahogado. Y es bonita. Pero no bonita del modo en que lo son casi todas las chicas. Sino bonita de otra manera. Una belleza extraña que te atrae como una moneda es atraída por un pozo de los deseos.

Y lo último que dice es una reflexión mientras espera a su chofer en la esquina de Campeche e Insurgentes, cuando ve pasar un metrobús repleto: “Tal vez así sea el otro mundo. Si es que existe, claro. Como un enorme autobús lleno, sin espacio para sentarte. Y entonces tendremos que ir de pie durante toda la eternidad. Apretados contra extraños y respirando su aire amargo. Siempre diciendo ‘perdón’ o ‘usted disculpe’ para movernos un poco. ¿No crees?”

Luego se mete al auto dando su delgada espalda a la humanidad.

IV

—Sí, bueno, mi padre murió cuando era yo pequeño. Ni siquiera recuerdo qué tan pequeño era. Supongo que tan pequeño como para no recordarlo —dice Oliver River, aunque el tema le resulta tan incómodo que lo cambia de inmediato. Pero lo que te explicaba era algo acerca del pasado. Ah, ya, te preguntaba si has escuchado alguna vez lo que dicen los hombres sabios. Dicen que todo el futuro existe en el pasado.

Y aquí viene de nuevo Oliver River. Dice que imaginemos haber vivido la Gran Hambruna de Irlanda en 1845. “Debieron haberlo pasado increíble, verdaderos orgasmos, aunque la historia lo ha ensuciado con su

melodrama”. O que imaginemos vivir la hambruna forzosa en Ucrania provocada por Stalin en 1933. O la hambruna de 1943 en Bengala. Eso pide Oliver River que imaginemos.

—No quiero hablar mucho de mi padre, ¿sabes? Fue el cáncer. Ya sabes, el cuerpo se vuelve maligno de tanto sentir asco de sí mismo y empieza a comerse.

Oliver River enamorado.

—Así que se podría decir que no tengo padre. Eso me gusta: no tener padre. Supongo que es el atractivo romántico de los bastardos. Al final ya sabes lo que dicen los clásicos, que la desgracia puede ser extraordinariamente instructiva.

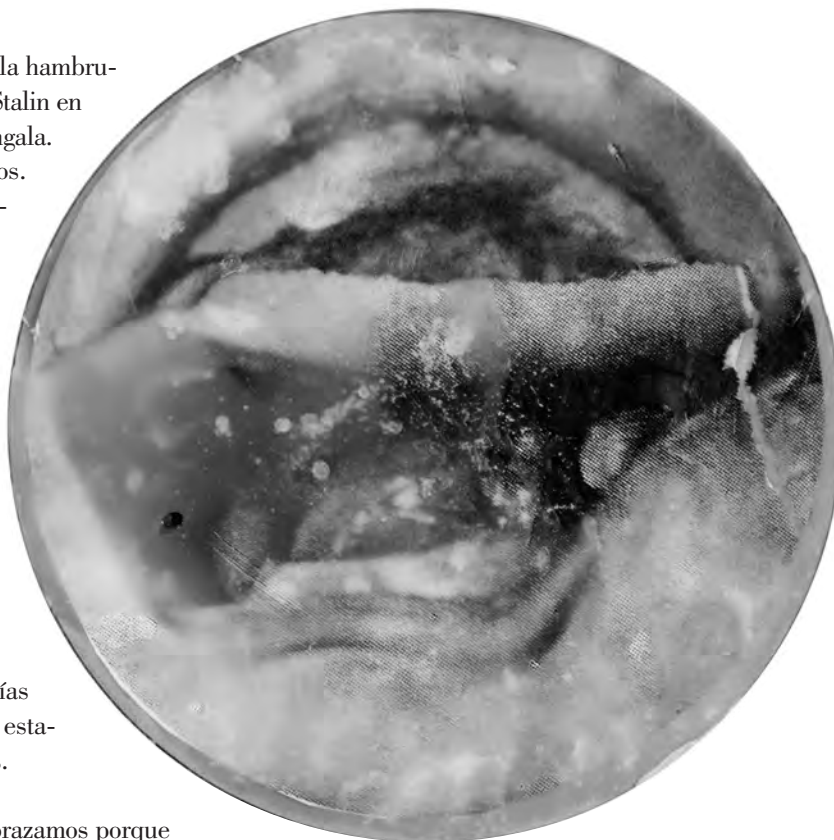
Oliver River pidiendo ser amado.

—El Grupo me gusta. Pero hay días en que sencillamente quisiera hacer estallar el mundo en explosiones doradas.

Oliver River soñando.

—¿Tú qué dirías, amigo? ¿Nos abrazamos porque queremos abrazar a otra persona o nos abrazamos simplemente porque nadie nos quiere?

Así podría seguir Oliver River por mucho, muchísimo tiempo, describiendo el círculo, el cero de su nada. Pero la conversación se ha terminado. Así que el nuevo miembro del Grupo sale de aquel sotano hacia la mañana. Una mañana que es como un pizarrón limpio ante cualquier futuro. Y sale más o menos satisfecho por haber aprendido un par de lecciones. Que tú puedes decir: Dios, dame un auto; Dios, dame boletos para el concierto de esta noche; Dios, dame un departamento cómodo. Pero de qué forma puedes pedir algo tan ambiguo como esto: Dios, deja que me amen.



Mónica Zamudio, de la serie *Fe de erratas*, técnica mixta, 12.5 cm de diámetro, 2013

Y la lección número dos es que lo que realmente deseamos en el mundo es ser queridos y que nos digan que todo, todo (todo es las cosas que componen el mundo, los niños amamantados a tiempo por sus madres, el calor de un cuerpo al lado tuyo en una mañana fría, las caras ancianas de la gente que quieres, el terror pasajero, los techos sobre nuestras cabezas)..., que todo irá bien. 📍

Carlos Sánchez Hernández (Ciudad de México, 1989). Estudia Periodismo en la UNAM y trabaja como editor. Escribe para *Letras Mentales* con el nombre Ernest Vail. Es cofundador de la editorial KPB [Kleinman Psycho Books]. Su blog es yonodeberiaescribir.wordpress.com

La ilusión (ahora) viaja en bicicleta

José Alejandro Arceo Contreras

FACULTAD DE ARQUITECTURA-UNAM

*Con dedicatoria a Ilse Mariel Alonso,
in memoriam, y en recuerdo también
de los muchos ciclistas que han perdido
la vida arrollados por unidades del
transporte público.*

Siempre he pensado que andar en bicicleta por las calles del Distrito Federal es un punto menos que suicida, y lo sigo pensando justo ahora que voy trepado en una de ellas: hechiza, sin suspensión, a la que le rechinan gacho los frenos. Mi objetivo: seguir a Míster X, y aunque parezca un asunto de espionaje, no lo es. Míster X es el seudónimo de Ismael. Con gafas oscuras, pelo largo, uniforme de lycra azul y casco reglamentario, este moreno e infatigable bigotón, cristiano y nativo de Ecatepec, es uno de los diez mensajeros con los que cuenta la agencia Ciklos, dedicada a entregar todo tipo de paquetes, o al menos aquellos que puedan caber en una mochila: documentos, fotos, flores, vino, ropa, regalos... Incluso se ofrece a recoger llaves cuando se olvidan en casa, llevar comida sin importar cuán lejos estén las cocinas de los comensales, etcétera.

Por mi parte, soy un cronista sin mayor experiencia en bicicleta, pero que ha querido saber cómo se las arreglan estos cuates medio locos para cumplir con sus envíos. No importa si es Milpa Alta o Xochimilco, ellos van. No importa si es la Guerrero, Tepito o la Buenos Aires, ellos se meten. Uwe Fasting y Ulre Aagaard, creadores de Ciklos, aseguran que yendo en bici se pueden cruzar más fácilmente los desiguales mundos que coexisten aquí en la megalópolis. Aquellos dos psicólogos y em-

prendedores daneses —que no pasan de los treinta años— quieren cambiar la realidad defeña y aportan su granito de arena para ello. Dicen estar convencidos de que en México hacen falta negocios limpios. No cabe duda de que Uwe y Ulre tienen mucho de idealistas, pero sostienen también que lo naïf ya se les quitó. Quizá desde que recibieron la visita de unos ladrones cuando tenían sus oficinas en el Centro Histórico. Ahora ya cierran con llave el *headquarters* y se dicen precavidos, mas no medrosos.

El medroso, en realidad, soy yo, que voy sintiendo en el rostro los densos golpes de aire que los automóviles propinan cuando nos rebasan a Míster X y a mí en Sullivan, a la altura de Manuel María Contreras. Más adelante vamos a entroncar con Insurgentes Centro, poco antes del cruce con Reforma. Ya se sabe: tráfico pesado. Tanto que Míster X no duda en tomar una rampa y subirse a la banqueta. Ahora son otros los que se deben cuidar. Queda claro que en la jungla de asfalto cada quien tiene sus depredadores. Y aquí vamos cruzando Reforma. Míster X pone la luz direccional (rara en México, exigida por los daneses de acuerdo a lo que impera en su país), y levanta el brazo para indicar a los automovilistas que vamos a cambiar de carril pues adelante hay un camión que nos obstaculiza el paso. Hay que “echar un ojo al gato y otro al pavimento”, en especial a esa estrecha franja comprendida entre la banqueta y las puertas de microbuses y camiones de pasajeros: franja cuya superficie podría ser definida, por lo menos, de accidentada. Cuando no son baches, son topes, alcantarillas abiertas, grietas o una mezcla de todo esto. Ni qué decir del cotidiano zigzaguo entre espejos retrovi-

sores. Sin embargo, con o sin bicicleta, los mexicanos llevamos décadas toreando el tráfico.

No hay duda de que el principal temor de cualquier ciclista urbano es que algún conductor de vehículo abra de improviso su puerta. Muchas dentaduras y narices se han roto en estos trances. Aunque, por el momento, corremos con suerte. Ya tomamos Oaxaca, rodeamos la glorieta de la Cibeles y esquivamos una obra de reparación de la vía pública. Poco después arribamos a Nuevo León, cruce con Michoacán, en la mera Condesa. Mister X se detiene, baja de su “patas de hule” (como cariñosamente le dice a su bicicleta), la carga unos cuantos escalones y después se la encarga al vigilante del edificio. Yo hago lo mismo. Subimos al primer piso por un paquete. Tiempo calculado de viaje: catorce minutos. Nada mal para un martes a media mañana.

Un día antes me encontraba con Uwe y Ulre —daneses con nombres alemanes, algo común en su patria— en un ya viejo edificio en la calle Antonio Caso. La base de Ciklos está hecha un reverendo desmadre. En un pequeño pasillo están formadas tres o cuatro bicicletas. Hay un mapa del Distrito Federal en la pared. “Nos acabamos de cambiar. Está chida la oficina, ¿no?”, me dice Uwe, con su español en el que las erres suenan muy fuertes, y quien, ataviado con una camisa a cuadros y unos jeans, me recuerda a los granjeros menonitas de *Luz silenciosa*, la película de Carlos Reygadas. Al fondo, tras una ventana de vidrio y luciendo una camiseta sin mangas que muestra su musculatura bien trabajada en el gimnasio, está Ulre haciendo llamadas.



Mónica Zamudio, de la serie *Fe de erratas*, collage, 32 x 13 cm, 2013.

Uwe habla sin parar en un castellano que más parece provenir de Santa María la Ribera —su barrio adoptivo— que de alguna escuela de idiomas. Me narra que tanto él como su socio vinieron a México por primera vez en 2006 para hacer un trabajo de psicología, merced a un programa de intercambio entre su universidad danesa y la UNAM. No obstante, al poco tiempo de haber vuelto a Copenhague, se dieron cuenta de que su aburrimiento en la academia no paraba de crecer. ¡Necesitaban acción! Así que decidieron venir en pos del *Mexican Dream*. Y, de entre todas las ciudades mexicanas, escogieron el Distrito Federal. “Nos dijimos: vamos a conquistar la más grande, la más fea, la más sucia y la más conflictiva. Regresamos para ser felices y triunfar en México”, remata orgulloso un Uwe más parlanchín que Ulre.

Y qué mejor para ser felices en la tierra del pulque y del mole que abrir en su capital una agencia de mensajería en bicicleta. Suena muy lógico. Aquí, el dueto europeo se ha topado con una urbe liosa que resulta, en varios aspectos, el reverso de la capital danesa. Por ejemplo, han encontrado que los cleteros mexicanos casi no tienen problemas con los agentes de tránsito. Pero en Copenhague las leyes son implacables con los que andan en bici, considerando que hay muchos más pedalistas que automóviles (y cómo no, si Dinamarca les aplica a la compra de éstos, cuando son nuevos, un impuesto del trescientos por ciento). “En cambio acá, si te pasas un semáforo en rojo, lo más que te llega a decir el tamarindo es ¡órale, güero!”

Tengo varias preguntas que hacerle a Uwe. Una de ellas es sobre la contaminación. ¿No les parece dañino

para la salud andar respirando detrás de los escapes de tantos coches? El Gran Danés, como le apodan con sorna quienes trabajan bajo sus órdenes, parece no inmutarse y saca una mascarilla de su empaque original. Me da la impresión de que tal vez nadie usa las que hay en la oficina. “Dicen que andar en bici en el Distrito Federal equivale a fumar tres cigarrillos al día, ¿y quién no se fuma esos tres cigarrillos diarios?”

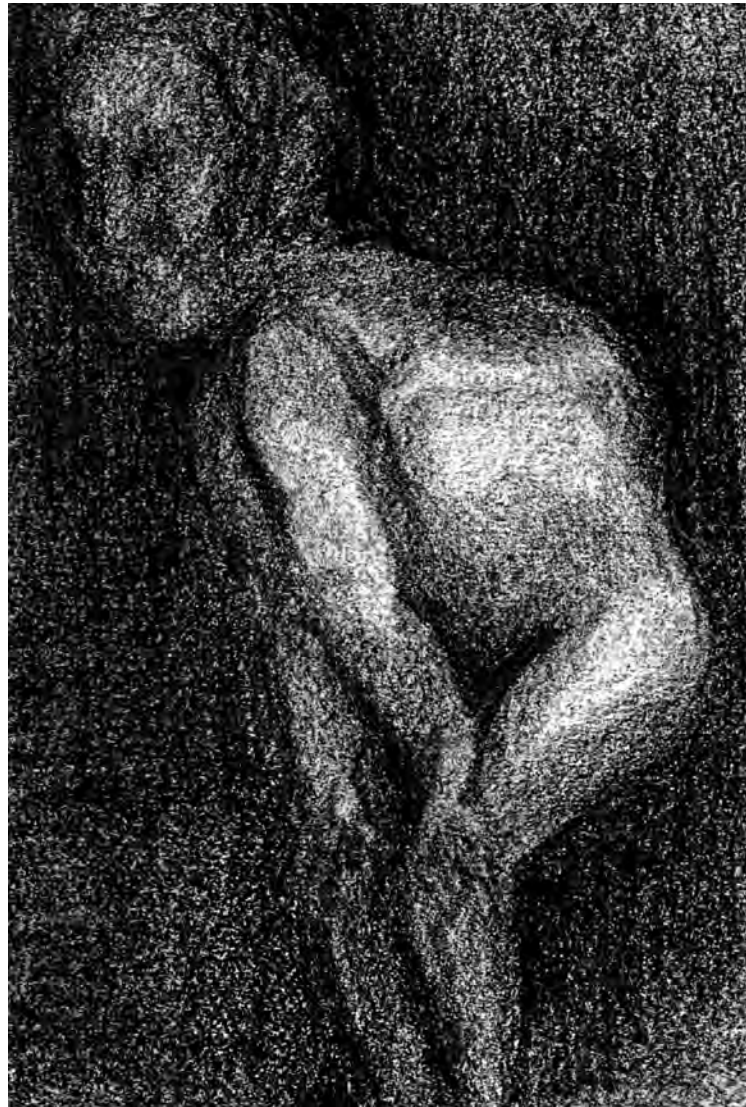
¿Y la seguridad? ¿Acaso no es peligroso lo que hacen? “No..., hasta ahora”, me responde. También aporta un dato estadístico de su país: ochenta por ciento de los accidentes los tienen los ciclistas solos y en áreas próximas a donde viven. Le inquiero a Uwe si han tenido accidentes graves, pero aquí, en la capital mexicana. Me contesta que no.

Regresando a mis avatares pedalísticos, hasta el momento ningún agente se ha metido con Míster X ni conmigo. Mi único pendiente, ahora que circulamos por Insurgentes Sur, cruzando el Viaducto, son los microbuses. Quizá por eso, a la altura del Polyforum Cultural Siqueiros, nos volvemos a trepar a la banqueta y sorteamos a un par de peatones. Más adelante encontramos la calle Concepción Béistegui —Colonia del Valle— y en un santiamén ya estamos haciendo nuestra entrega. Ahora Míster X se comunica vía Nextel con la base. La empresa paga por comisiones, así que, a más entregas, más dinero. Veinticinco pesos es el cobro mínimo por entrega, ocho pesos por kilómetro o doce si el terreno es muy irregular (entiéndase con bajadas y subidas pronunciadas). En promedio, según Míster X, un mensajero de

Ciklos se embolsa unos trescientos o trescientos cincuenta pesos por una jornada que comienza a las nueve de la mañana y puede terminar pasadas las siete de la noche. ¿Tienen seguro de vida? Hasta el momento sólo seguro social. Cabe mencionar que las aseguradoras privadas catalogan de “alto riesgo” la profesión de mensajero pedalista en el Distrito Federal, por lo que difícilmente cubren a quienes la ejercen.

Se nos indica que tenemos que regresar a la Condesa, pero antes le sugiero a mi guía que paremos en la tienda de abarrotes más próxima para abastecernos con palanquetas de cacahuate. Hay que ingerir alimentos energéticos de fácil y rápida digestión (ayer compré una penca de plátanos, que tienen mucho potasio, el cual ayuda a evitar los calambres). También pasamos a un Oxxo para hacernos de bebidas hidratantes. Además, en mi jersey de cletero, que tiene bolsas en la espalda, puedo cargar sándwiches de pan integral con mermelada, que son mis favoritos. Llevar comida en cantidad suficiente no es nada más una necesidad humana ya que a veces algo hay que lanzarles a los canes que nunca faltan en las rutas de los mensajeros, y más en colonias populares. “A mí una vez me mordió un pinche perro en la Martín Carrera”, cuenta Míster X, “y por eso ahora siempre cargo con un pedazo de pan al menos, por si las dudas”.

Míster X me hace saber que tal vez de la Condesa tengamos que ir a Polanco, y de allí a entregar un paquete a la casona de Sasha Montenegro en las Lomas de Chapultepec. (Iba a poner la “encuerat...” Montenegro, pero capaz que me demanda, como a Isabel Arvide, que hasta su casa perdió tras el juicio por difamación que la ofendida interpuso en su contra.) Tan sólo de imaginar-



Mónica Zamudio, de la serie *Fe de erratas*, grafito/papel, 25 × 17 cm, 2013



me esas subidas y bajadas tipo montaña rusa me dan escalofríos. En División del Norte un microbús me pasa zumbando a escasos centímetros. Podría decir que invadió mi aura. Se lo comento a Míster X y me replica: “Sí, hay que tener mucho cuidado. A veces hay que andar adivinando hasta las intenciones de los choferes, más de los microbuseros.” Me pregunta si no tengo inconveniente de agarrar el Periférico. Qué va.

“¿Dónde están las buenas piernas en esta ciudad?”, se pregunta el fortachón Ulre, aludiendo al poco ejercicio que hacen los capitalinos y, por añadidura, a su mala con-

dición física. Aunque no descarta la posibilidad de que alguna mujer contrate los servicios de Ciklos con la idea de ver llegar a un jadeante y musculoso mensajero, el propósito principal de la empresa es demostrar que en México sí se pueden hacer negocios que vayan más allá del beneficio individual. “Esta ciudad no está hecha para humanos, sino para automóviles. Es un ejemplo de capitalismo cabrón”, se lamenta. “¿Pues no que mucha izquierda gobernando el Distrito Federal?” El tozudo danés comenta que ha visto fotos que le tomaron a la capital a principios del siglo XX, pareciéndole un paraíso. Propone, por lo demás, algo que se asemeja más a una ilusión que a cualquier otra cosa: recuperarlo.

p. 40: Mónica Zamudio, de la serie *Fe de erratas*, técnica mixta, 12.5 cm de diámetro, 2013

De cualquier forma, Ciklos les vende a sus clientes rapidez, y, en menor medida, conservación del medio ambiente. Pese a que ya cumplió un año y medio de existencia (con más de seis mil entregas), esta compañía está lejos de tener un buen porvenir asegurado. Ni siquiera el porvenir en sí. Ulre, quien habla un español más cadencioso, me dice que el día que cuenten con cien mensajeros podrán hablar de una empresa en forma para cubrir las necesidades de cinco millones de clientes potenciales. Por el momento hay que conformarse con diez, y la rotación de personal es alta, algo por demás comprensible: ¿quién tiene el aguante y las agallas para peinar el Distrito Federal todos los días a bordo de una bicicleta?

Ciklos tiene una cartera de aproximadamente cien clientes. ¿Quiénes son? Pequeños empresarios, artistas, amigos de amigos. En diciembre pasado firmó un contrato con la Procuraduría Federal de Protección al Ambiente: un buen augurio, quizá.

Aunque parezca contradictorio, Ulre le apuesta a que el tráfico de automotores llegue a ser un aliado. Cree que llegará el momento en que los chilangos nos opondremos a perder a diario tanto tiempo en traslados. “Hay gente moderna que quiere hacer algo bueno por la ciudad.”

—¿Qué es lo mejor que les ha pasado como empresa?, le pregunto.

—Sobrevivir, responde secamente.

Camino a Polanco empiezo a sentir cansancio. Note que mi cerebro ya no está muy dispuesto a seguirme en el recorrido. Ni la palanqueta, ni el plátano, ni la bebida

hidratante han sido suficientes. Siento un ligero dolor en el pecho. Escurremientos nasales. Puede que el aire de la metrópoli esté hoy demasiado denso y deba hacer un alto en el camino. ¿Alguien ha venido descendiendo en avión a eso del mediodía entre semana? ¿A poco no hay que dejar arriba el celeste y atravesar una como nata oscura? Pues bien, siento que la nata se me está metiendo a los pulmones. Ya incluso me pesa traer mi iPhone bien sujeto al bíceps: vaya ingratitud la mía, porque el aparato ha captado todas estas incidencias cleteras que le he dictado “en tiempo real”.

Pero no le comunico nada de ello a Míster X, quien sigue pedaleando como si nada (incluso sin tomar agua). En una parada le pregunto si alguna vez se ha sentido mal por la contaminación. “Al contrario”, me confiesa con sonrisa burlona, “andar en bici me ayuda a que no me dé gripa.”

Bajar por un paso a desnivel en una bicicleta sin amortiguadores, y después de un par de horas pedaleando, no es nada, nada grato para el trasero de un ciclista bisoño. Funestos pensamientos me invaden: que si los carros a toda velocidad, que si un bache, que si una embestida y al otro mundo... Pero la libro. Afortunadamente del Circuito Interior hemos arribado al tramo de la Ciclopista, la cual atraviesa parte del Bosque de Chapultepec. Estamos sobre Reforma a la altura del Museo de Antropología. Luego dejamos atrás el monumento a Colosio (cuya cabezota, al parecer, quiere competir con la de Juárez en Iztapalapa) y la estatua del viejo sátrapa de Azerbaiyán que aún está por el rumbo. Y aunque la Ciclopista se halla claramente marcada, eso no impide que algunos automovilistas desconsiderados se detengan

en ella. Poco antes de llegar a la Fuente de Petróleos hacemos una pausa en una zona arbolada. Tenemos instrucciones de esperar al colega Macoy. Después de echar un vistazo a su Guía Roji, que es como una tercera rueda para quien desempeñe este oficio, Míster X me habla de su conversión al cristianismo. La tarde está despejada, si bien el tráfico es demencial. Allí viene Macoy (en realidad llamado Joaquín).

A la oficina de Ciklos llega Prince, un tipo barbudo ya entrado en sus treinta, vecino de Tlatelolco. Prince —o Arnaldo— es otro mensajero de la agencia. Antes de que se me olvide mencionaré que tanto seudónimo sirve para identificar a cada quien durante la comunicación radial. Mientras intenta cambiar la cámara de una llanta (por lo general se presenta una ponchada por semana), charlo con Prince. Me comenta que, a diferencia de la mayoría, él prefiere la bici de ruta y no la de montaña. Esto por la velocidad. Le pregunto por los diferentes destinos en la ciudad. Me dice que ir a sitios como Polanco, la Roma, la Condesa, la Cuauhtémoc, incluso a Coapa (sur) o Lindavista (norte) es algo más bien tranquilo. Pero que ir a La Herradura es de lo más difícil, por las subidas tan empinadas. Le pregunto por los tiempos. Dando un ejemplo, a Milpa Alta, ya colindando con Morelos, se hacen dos horas y media. A Tlutilán, Estado de México, pues dos. “Perro en coche se hace más”.

—¿Cómo manejan los chilangos?

—No, pues bien atrabancados.

—¿Qué consejo le darías a los cleteros del DF?

—Que se cuiden sobre todo de los microbuses y en general del transporte público. Ah, y de uno que otro loco. De las viejas también.

—¿Qué tienen las mujeres?, interviene Uwe.

—No sé... ésas dicen “voy derecho y no me quito”.

De pronto Prince pierde la paciencia y comienza a tasajear la llanta con un cuchillo de cocina. Quiere retirar la llanta a como dé lugar. Pero la llanta no se deja. Sale furioso de la agencia. Sabe que ha perdido un día de trabajo.

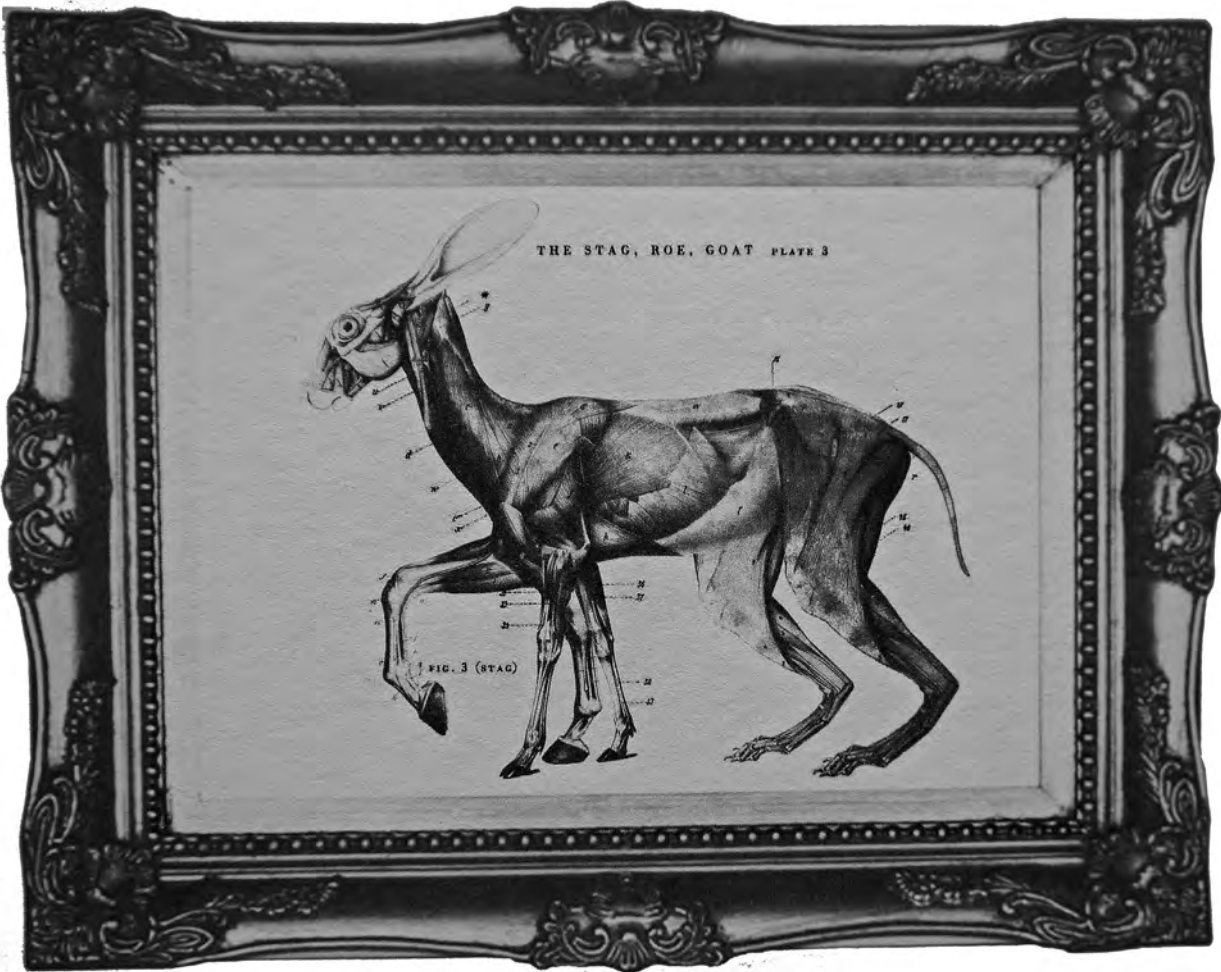
Mientras Míster X y Macoy se ponen de acuerdo en qué entregas hace cada quien, yo tomo la decisión de regresar a la base. Ni modo, ya no podré saber dónde vive la Montenegro (no confundir con la Colina del Perro, esa mansión que José López Portillo, su ex, mandó hacerse en Bosques de las Lomas, un poco más arriba, y que sin duda pudo competir con la Colina del Negro Durazo en Tlalpan, a fin de albergar algo muy necesario en México: el Museo de la Corrupción). Casi para despedirnos, Míster X me recomienda muchísimo que vea *Quicksilver*, la cinta en donde Kevin Bacon protagoniza a un otrora corredor de bolsa en Wall Street y quien, tras verse arruinado, decide hacerse mensajero pedalista. “Esa sensación de libertad que se tiene no la cambias por nada.” Estrecho su mano. Le agradezco infinitamente haber disminuido su velocidad habitual (en promedio veinticinco kilómetros por hora, aunque en bajadas se pueden alcanzar los setenta) para llevarme por el buen camino. Para finalizar me da un consejo: “Ojalá puedas comprar un cuadro con suspensión delantera y trasera.” Lo tomaré en cuenta, sólo que dudo mucho que algún día me acostumbre a recorrer esta ciudad nuestra en bicicleta, menos aún para materializar ilusiones empresariales o ecológicas. **P**

José Alejandro Arceo Contreras (Ciudad de México). Estudia la maestría en Urbanismo en la UNAM. En 2000 obtuvo el primer lugar en el Concurso Para Leer la Ciencia desde México del Fondo de Cultura Económica. En 2003 recibió el primer lugar en el Certamen Nacional de Ensayo Francisco I. Madero, y en 2011 ganó el primer premio en el Concurso de Ensayo Político Carlos Sirvent.

Animalia 001

Said Pérez Amelco

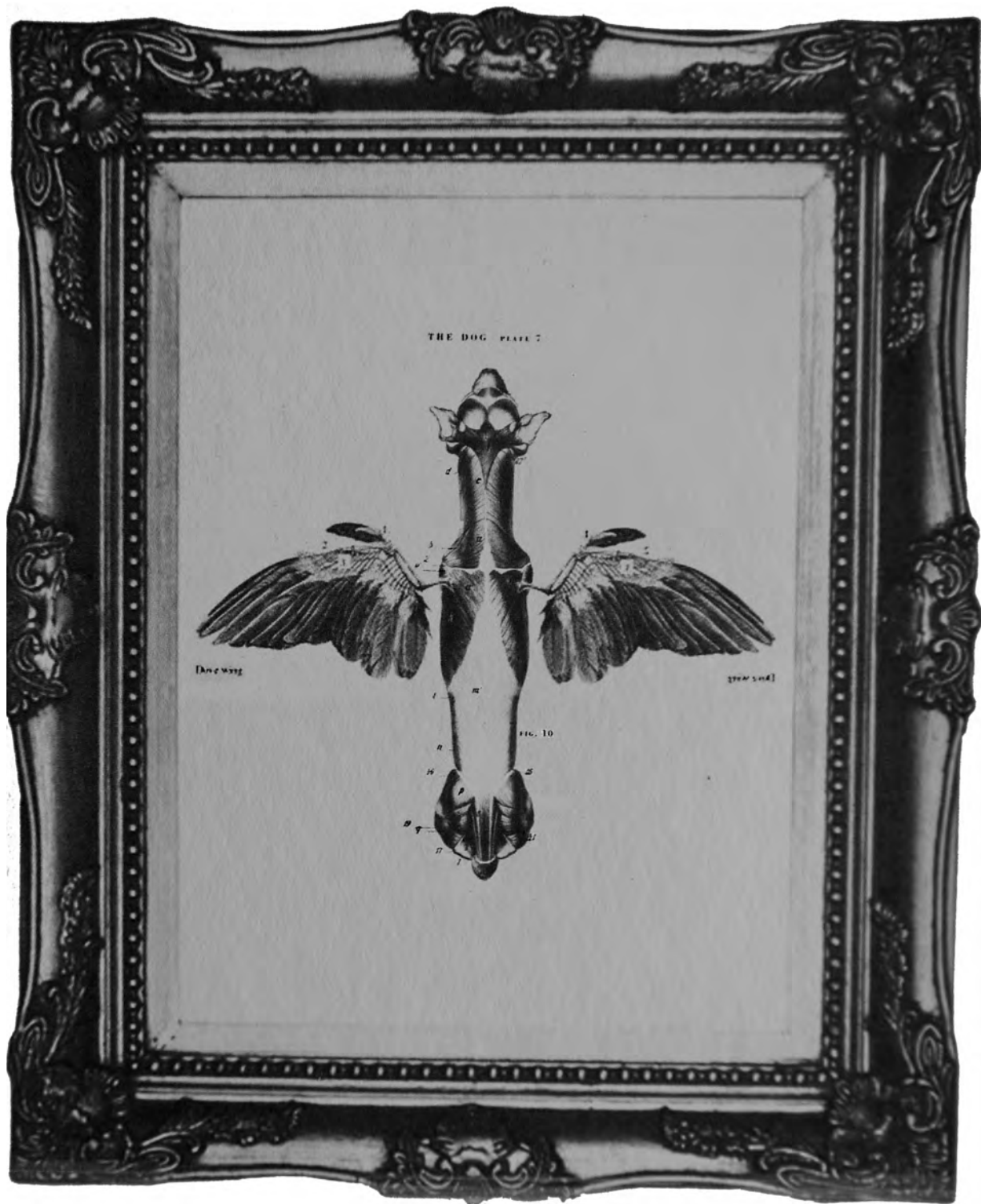
INSTITUTO DE ARTES-UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

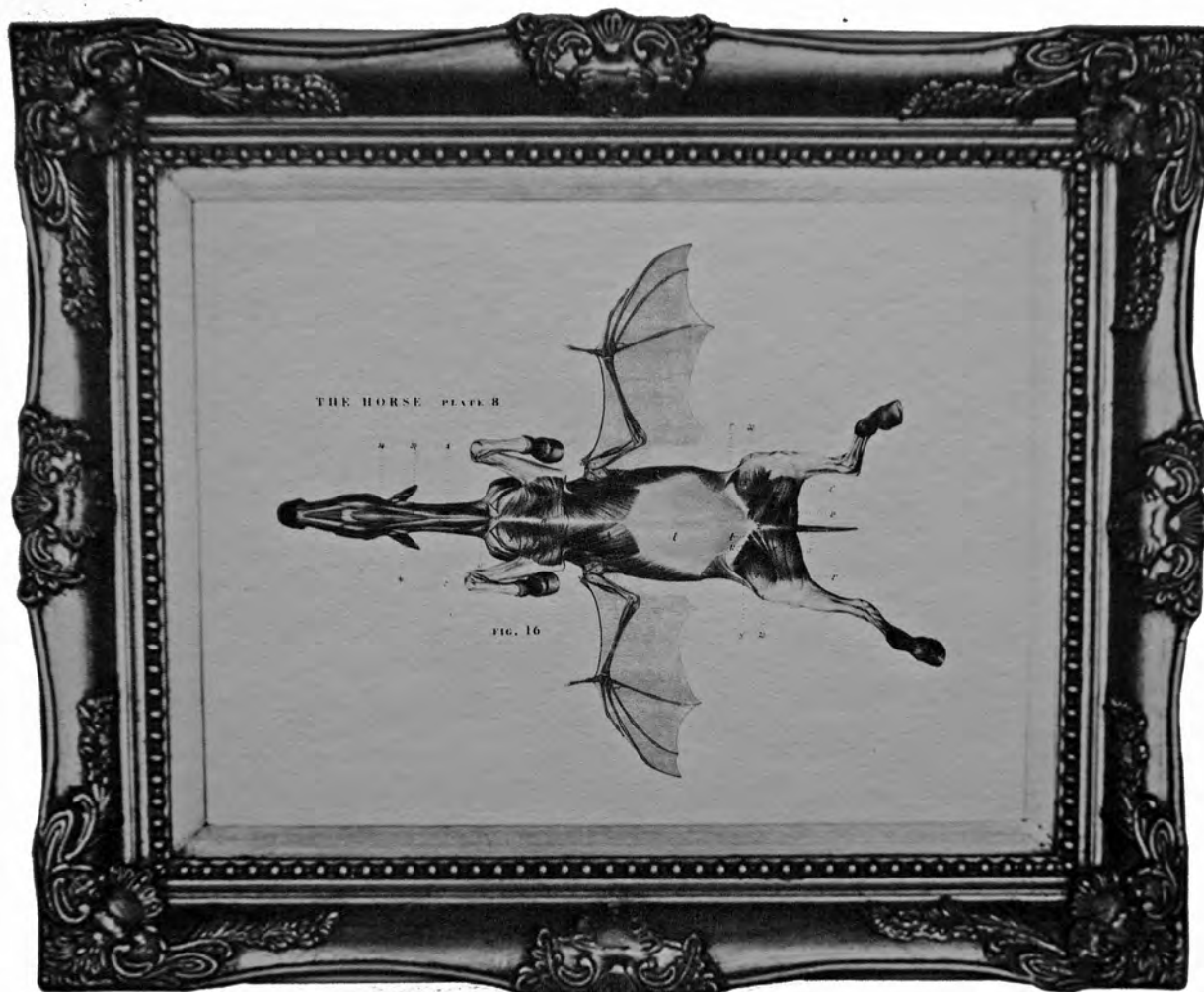


Toda la serie: gráfica digital, 14 x 21 cm, 2013









Said Pérez Amelco (Ciudad de México, 1985). Estudió Artes Visuales en la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Ha publicado en la revista colombiana *Escupitojos*. Participó en BYOP México #2 junto a Sofía Vital. Fue seleccionado para participar en el evento Cubo/Modelo Para Armar Arte Correo en Argentina.

Encarnaciones de niños quemados, de David Foster Wallace

María Teresa Macouzet Menéndez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

"Incarnations of Burned Children", en David Foster Wallace, *Oblivion, Stories*, Little, Brown and Company, Nueva York, 2004.

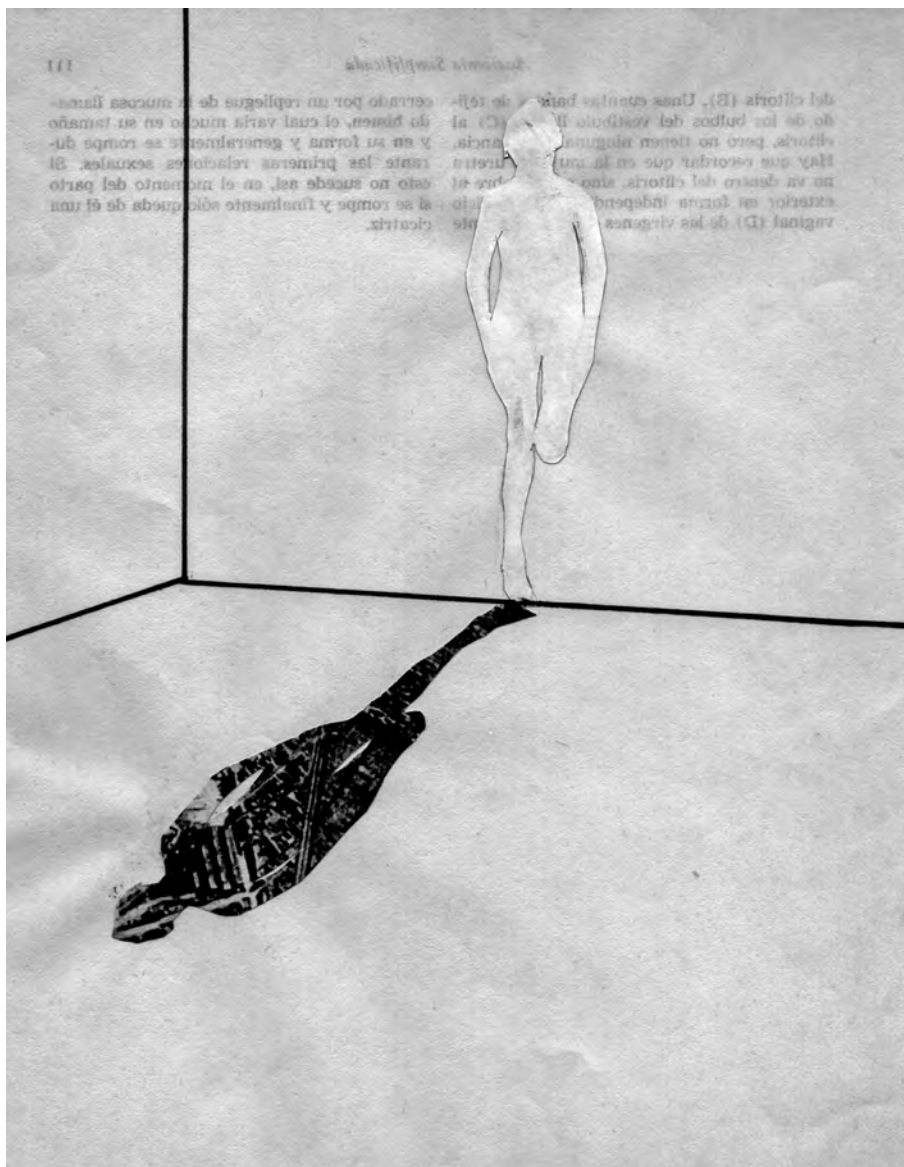
El Papá estaba a un costado de la casa colgando una puerta para el inquilino cuando escuchó los gritos del niño y entre ellos la voz escandalizada de la Mamá. Se pudo mover rápido, y el porche trasero daba a la cocina, y antes de que la puerta mosquitera se cerrara de golpe tras su espalda el Papá ya había contemplado la escena en su totalidad, la olla volcada en el azulejo a un lado de la estufa y la llama azul de la hornilla y el charco de agua todavía humeante mientras sus numerosos brazos se extendían, el pequeño en su pañal abultado parado rígido con vapor saliéndole del pelo y del pecho y los hombros color escarlata y los ojos en blanco y la boca muy abierta que parecía estar de alguna forma separada de los sonidos que emitía, la Mamá apoyada en una rodilla lo frotaba inútilmente con el trapo de cocina e igualaba los chillidos con su propio llanto, tan histérica que parecía estar congelada. Su rodilla y el descalzo y suave piecito todavía seguían en el charco humeante, y el primer impulso del Papá fue tomar al bebé por las axilas, levantarlo lejos de ahí y llevarlo al fregadero, en donde tiró los platos y golpeó la llave para que corriera el agua fría por los pies del bebé mientras que con las dos manos juntó y vertió y arrojó más agua fría sobre la cabeza y los hombros y el pecho, con el propósito de que, antes que nada, le dejara de salir vapor, la Mamá por encima del hombro invocaba a Dios hasta que él la mandó por toallas y gasas si es que tenían, el Papá se movía bien y deprisa y con su mente de hombre vacía de todo excepto de propósito, todavía sin darse cuenta de la suavidad de sus movimientos o del hecho de que había dejado de escuchar los gritos del niño porque de oírlos se congelaría y volvería imposible llevar a cabo lo que debía hacer para ayudar a su hijo, cuyos gritos eran tan regulares como la respiración misma y sonaron durante tanto tiempo que terminaron por convertirse en una cosa más de la cocina, algo más que esquivar para poder moverse con rapidez. Afuera, la puerta del inquilino colgaba a medias de la bisagra superior y se movía ligeramente con el viento, y un pájaro posado en el roble frente al camino de entrada parecía observar la puerta con la cabeza ladeada mientras los gritos todavía salían del interior. Las peores quemaduras parecían ser las del hombro y el brazo derecho, el color rojo del pecho y del estómago se desvanecía y se volvía rosa bajo el agua fría y las suaves

p. 49: Mónica Zamudio, de la serie *Fe de erratas*, técnica mixta, 33 × 26 cm, 2013



plantas de los pies no parecían estar ampolladas según el Papá, pero el pequeño seguía gritando con los puños cerrados excepto que ahora lo hacía por reflejo del miedo, el Papá sabría más tarde que en ese momento había pensado eso, la pequeña cara hinchada y las venas sobresaliendo en las sienes y el Papá repetía una y otra vez que estaba ahí que estaba ahí, la adrenalina disminuía gradualmente y una furia hacia la Mamá por permitir que algo así pasara se empezaba a acumular como espiral en la parte más alejada y recóndita de su mente que estaba todavía a horas de poder expresarse. Cuando la Mamá regresó no estaba seguro si debía o no envolver al niño en la toalla pero mojó la toalla y lo hizo, envolvió estrechamente a su bebé y lo levantó fuera del fregadero y lo acomodó en la esquina de la mesa de la cocina para calmarlo mientras la Mamá trataba de revisarle las plantas de los pies y agitaba una mano en torno a su boca y emitía palabras sin sentido mientras el Papá se inclinaba y quedaba cara a cara con el bebé sentado en el borde a cuadros de la mesa mientras

Mónica Zamudio, de la serie *Fe de erratas*, collage, 25 x 19 cm, 2013



repetía que estaba ahí que estaba ahí e intentaba calmar los gritos del bebé pero el niño todavía lloraba sin aliento, un sonido puro y brillante que podía detener su corazón, y sus pequeños labios y encías ahora teñidas del azul tenue de una llama muy baja pensó el Papá, gritando casi como si todavía sufriera debajo de la olla volcada. Así pasaron uno, dos minutos que parecieron mucho más largos, con la Mamá al lado del Papá que hablaba en tono cantarín a la cara del niño y la alondra en el árbol con la cabeza ladeada y una línea blanca horizontal apareció en la bisagra por el peso de la puerta inclinada hasta que el primer espiral de vapor salió perezoso de debajo del borde de la toalla y los ojos de los padres se encontraron y se dilataron: el pañal, que cuando abrieron la toalla y apoyaron la espalda de su bebito en el mantel a cuadros y quitaron los broches humedecidos y trataron de removerlo se resistió un poco con gritos más fuertes, estaba caliente, el pañal de su bebé les quemó las manos y entonces vieron dónde había caído y se había acumulado la mayor parte del agua y dónde había quemado a su bebé todo ese tiempo mientras imploraba por su ayuda y no lo habían hecho, no habían pensado y cuando por fin le quitaron el pañal y vieron el estado de lo que ahí había la Mamá dijo el primer nombre de su Dios y se agarró de la mesa para no perder el equilibrio mientras que el Papá se dio vuelta y dio un puñetazo al aire y se maldijo a sí mismo y al mundo no por última vez ya que su niño podría haber estado dormido si no fuera por el ritmo de su respiración y los pequeños movimientos aquejados que hacía con las manos en el aire justo arriba de donde estaba acostado, manos del tamaño del pulgar de un hombre adulto que se habían aferrado al pulgar del Papá en la cuna mientras veía la boca del Papá moverse al cantar una canción, la cabeza inclinada y con la apariencia de estar viendo algo en la lejanía, sus ojos hicieron sentir al Papá una soledad muy extraña. Si nunca has llorado y quieres hacerlo, ten un hijo. Rompe tu corazón por dentro y algo lo hará un hijo es la canción gangosa que el Papá escuchó de nuevo casi como si la cantante estuviera ahí con él observando lo que habían hecho, aunque horas más tarde lo que el Papá no podría perdonarse es lo mucho que quería un cigarro en ese momento mientras envolvían al bebé lo mejor que podían con gasas y con dos toallas de mano cruzadas entre las piernas y el Papá lo levantó como si fuera un recién nacido sosteniendo el cráneo con la palma de la mano y corrió con él hacia la camioneta recalentada y quemó las llantas todo el camino hasta que llegó al pueblo y a la sala de urgencias de la clínica con la puerta del inquilino que todavía colgaba hasta que la bisagra finalmente cedió pero para entonces ya era demasiado tarde, para cuando la cosa ya no tenía solución y ellos no pudieron hacer nada el niño ya había aprendido a salir de sí mismo y observar cómo se desarrollaba todo desde un punto en lo alto, y a partir de entonces todo lo que se perdió jamás volvió a importar, y el cuerpo del niño se expandió y se echó a caminar, y se ganó la vida y la vivió en soledad, una cosa entre cosas, su alma hecha vapor en el aire, bajaba en forma de lluvia y después subía, el sol arriba y abajo como un yoyo. 📍

María Teresa Macouzet Menéndez (Ciudad de México, 1987). Estudia la licenciatura en Lengua y Literatura Modernas Inglesas en la UNAM y próximamente cursará la Carrera de Edición en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

El equipo de natación, de Miranda July

Herson Barona

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

"The Swim Team", en Miranda July, *No One Belongs Here More Than You. Stories*, Scribner, Nueva York, 2007.

Ésta es la historia que nunca te hubiera contado cuando era tu novia. Tú seguías preguntando y preguntando, y tus conjeturas eran muy morbosas y específicas. ¿Era yo una mantenida? ¿Belvedere era como Nevada, donde la prostitución es legal? ¿Anduve desnuda durante todo un año? La realidad comenzó a parecer pobre. Y me di cuenta a tiempo de que, si la verdad se sentía vacía, probablemente no debería seguir siendo tu novia por mucho tiempo más.

Yo no quería vivir en Belvedere, pero no podía soportar la idea de pedirle dinero a mis padres para mudarme. Cada mañana me sorprendía al recordar que vivía sola en esta ciudad que ni siquiera era una ciudad, era demasiado pequeña. Sólo eran casas en torno a una gasolinera; a unos cuantos kilómetros había una tienda y eso era todo. No tenía carro, no tenía teléfono, tenía veintidós y le escribía a mis padres cada semana para contarles historias acerca de cómo era eso de trabajar en un programa llamado LEER. Leíamos a jóvenes en situación de calle. Era un programa piloto financiado por el Estado. Nunca decidí qué significaba la sigla LEER, pero cada vez que escribía "programa piloto" me maravillaba de mi habilidad para inventar estas frases. Otra muy buena era "intervención temprana".

Esta historia no será muy larga porque lo increíble de aquel año fue que no ocurrió casi nada. Los ciudadanos de Belvedere creían que me llamaba María. Yo nunca dije que mi nombre fuera María, pero de alguna manera empezaron a llamarme así, y me abrumaba tener que decirles a los tres únicos vecinos mi nombre real. Estas tres personas se llamaban Elizabeth, Kelda y Jack Jack. No sé por qué dos veces Jack, y no estoy completamente segura acerca de Kelda, pero así era como sonaba y ése era el sonido que hacía cuando pronunciaba su nombre. Conocí a estas personas porque les daba clases de natación. Ésta es la parte jugosa de mi historia porque, claro, en Belvedere no había ningún cuerpo de agua ni albercas. Un día ellos estaban hablando de esto en la tienda y Jack Jack, que ahora debe estar muerto porque era muy viejo, dijo que de cualquier manera aquel asunto no tenía importancia debido a que ni Kelda ni él sabían nadar y probablemente se ahogarían. Elizabeth era la prima de Kelda, creo. Y Kelda era la esposa de Jack Jack. Los tres tenían, por lo menos, ochenta años. Elizabeth

dijo que de chica había nadado bastante durante el verano en que visitó a una prima (obviamente no a su prima Kelda). El único motivo por el que me uní a la conversación fue que Elizabeth afirmaba que para nadar tenías que respirar bajo el agua.

Eso no es cierto, grité. Aquéllas fueron las primeras palabras que dije en voz alta desde hacía varias semanas. Mi corazón latía como si estuviera invitando a salir a alguien. Tienes que contener la respiración.

Elizabeth parecía molesta y dijo que había sido una broma.

Kelda dijo que le daría mucho miedo mantener la respiración porque tuvo un tío que murió por aguantarse la respiración durante mucho tiempo en un concurso llamado Aguanta la Respiración.

Jack Jack le preguntó si de verdad lo creía, y Kelda dijo, Sí, claro que sí, y Jack Jack dijo, Tu tío murió de un infarto, no sé de dónde sacas estas historias, Kelda.

Luego, los cuatro nos quedamos en silencio por un momento. Estaba disfrutando la compañía y deseé que continuara, lo cual ocurrió porque Jack Jack me dijo: Así que sabes nadar.

Les conté que había estado en un equipo de natación durante la prepa y que incluso competí a nivel estatal, pero habíamos sido derrotados muy pronto por la Bishop O'Dowd, una escuela católica. Parecían estar muy pero muy interesados en mi historia. Yo ni siquiera había pensado que fuera una historia, pero en aquel momento me di cuenta de que en realidad era una historia muy emocionante, llena de drama, cloro y otras cosas que Elizabeth, Kelda y Jack Jack no conocían de primera mano. Fue Kelda quien dijo que deseaba que hubiera una alberca en Belvedere porque, obviamente, eran muy afortunados de tener a una instructora de natación en la ciudad. Yo nunca dije que fuera instructora, pero supe a qué se refería. Era una lástima.

Entonces ocurrió algo extraño. Estaba mirando mis zapatos sobre el piso de linóleo café, pensando que apostaría lo que fuera a que aquel piso no había sido lavado en un millón de años cuando, de pronto, sentí que me iba a morir. Pero en lugar de morir, dije: Puedo enseñarles a nadar. Y no necesitamos una alberca.

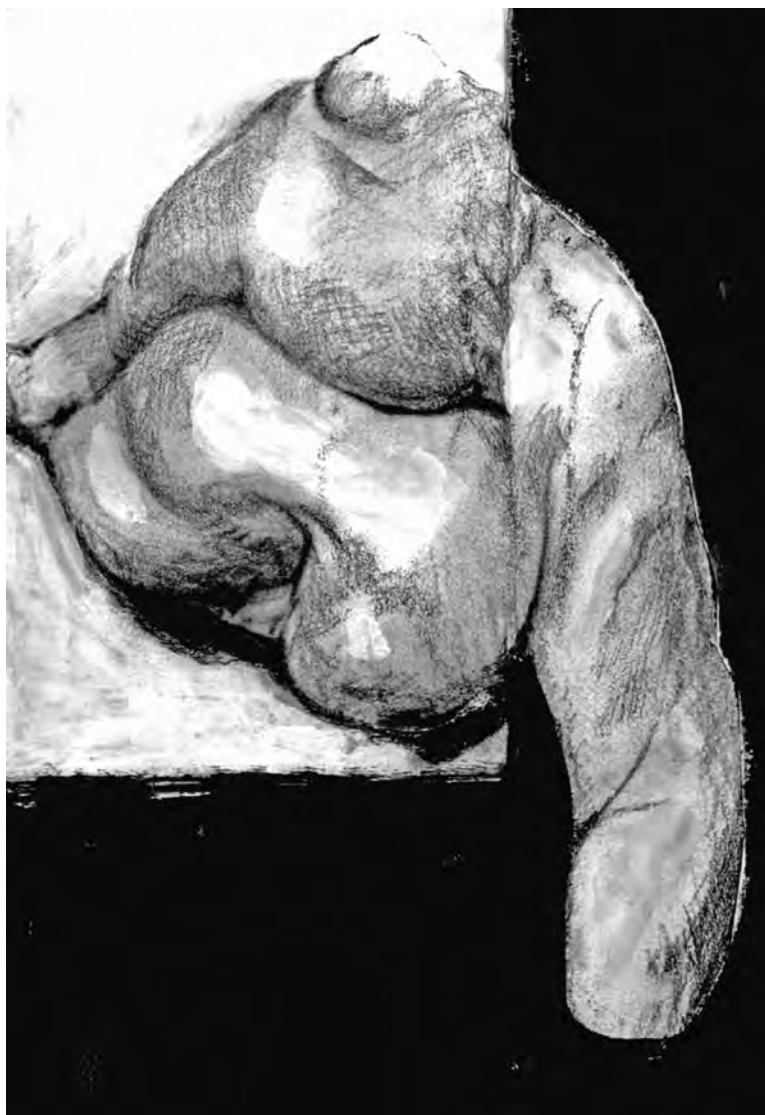
Nos veíamos dos veces por semana en mi departamento. Cuando llegaban, yo tenía tres palanganas con agua caliente alineadas en el piso, y una cuarta frente a ellas: la palangana de la instructora. Le añadía sal al agua porque se supone que es saludable aspirarla y me imaginé que ellos la aspirarían por accidente. Les mostré cómo

tenían que poner la nariz y la boca en el agua y cómo respirar de lado. Después añadimos las piernas y, por último, los brazos. Reconocí que ésas no eran las condiciones perfectas para aprender a nadar, pero señalé que así era como entrenaban los nadadores olímpicos cuando no tenían una alberca cerca. Sí sí sí, era una mentira, pero la necesitábamos porque éramos cuatro personas tendidas en el suelo de la cocina, pataleando ruidosamente, como si estuviéramos molestos, furiosos, desilusionados y frustrados y no tuviéramos miedo de mostrarlo. El vínculo con la natación tenía que ser reforzado con palabras fuertes. A Kelda le tomó varias semanas aprender a colocar

la cara dentro del agua. ¡Está bien, está bien!, dije. Contigo vamos a empezar con una tabla flotadora. Le di un libro. Es completamente normal resistirse a la palangana, Kelda. Es el cuerpo diciéndote que no quiere morir. No quiere, dijo ella.

Les enseñé todos los estilos de natación que sabía. El de mariposa fue increíble; nada que hayas visto. Pensé que el piso de la cocina se vendría abajo, que se volvería líquido y se llevaría a los tres, con Jack Jack a la cabeza. Él era precoz, por decir lo menos. De verdad se movía por el piso, con todo y la palangana de agua salada. Después de dar una vuelta hasta la recámara, volvía a la cocina cubierto de sudor y polvo. Y Kelda lo miraba, sosteniendo el libro con las dos manos, sonriendo. Nada hacía mí, decía él, pero ella tenía demasiado miedo y, además, se requiere una fuerza extraordinaria para nadar sobre el suelo.

Yo era la clase de entrenadora que se queda junto a la alberca en lugar de meterse al agua, pero estaba ocupada en todo momento. Podría decir, si no sonara arrogante, que yo estaba en lugar del agua. Hacía que todo funcionara. Hablaba constantemente, como un instructor de aerobics, y hacía sonar mi silbato a intervalos exactos para delimitar



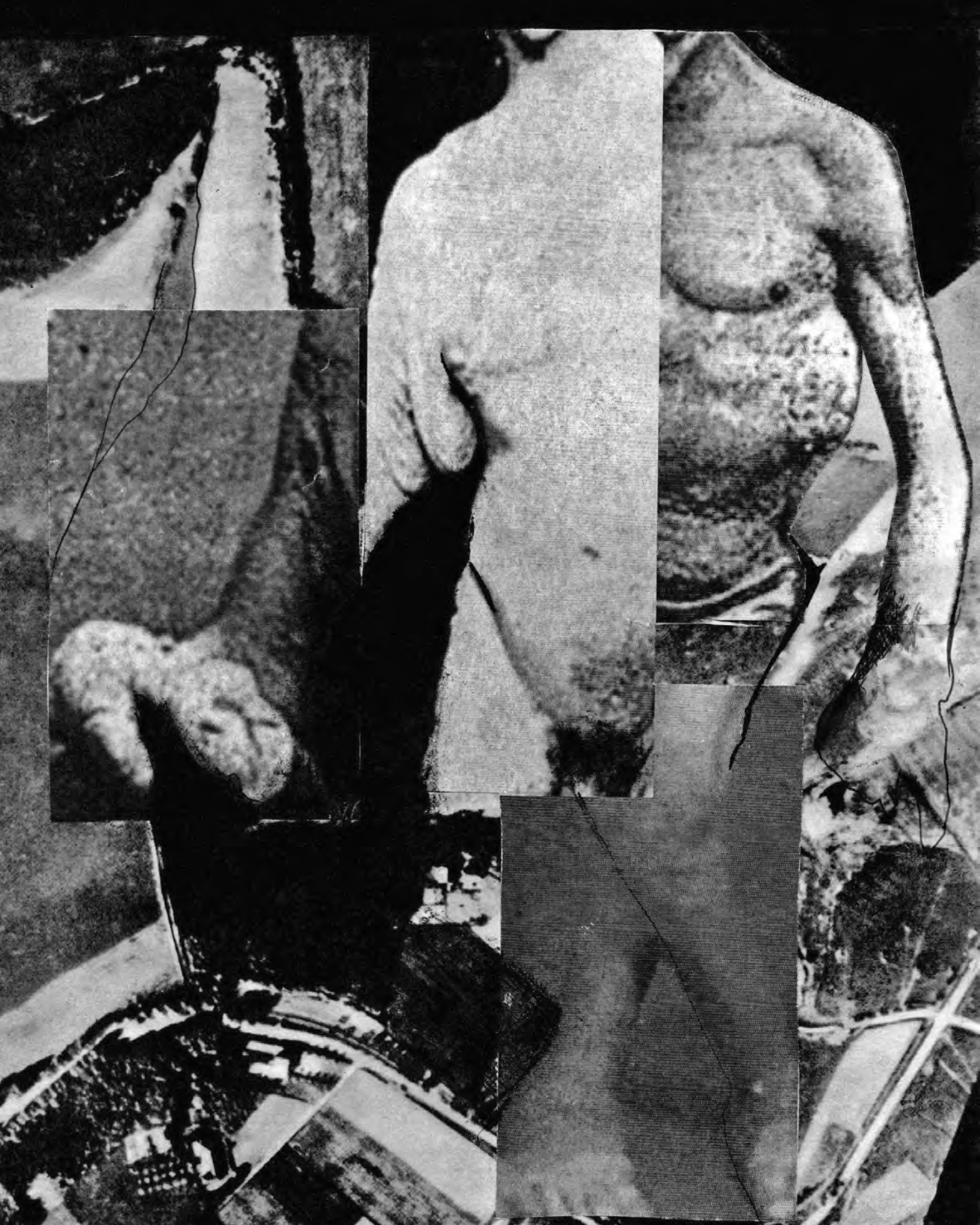
Mónica Zamudio, de la serie *Fe de erratas*, técnica mixta, 28 x 13 cm, 2013

los extremos de la alberca. Ellos daban la vuelta al unísono y continuaban hacia el otro lado. Cuando Elizabeth olvidó usar los brazos, le dije: ¡Elizabeth! ¡Tus pies están arriba, pero tu cabeza se está hundiendo! Y ella comenzó a dar brazadas como loca, nivelándose rápidamente. Con mi práctico método de entrenamiento, todos los clavados comenzaban de manera perfecta, sobre mi escritorio, y terminaban en un panzazo sobre la cama. Pero esto era sólo por seguridad. Seguían siendo clavados: seguía siendo acerca de olvidar el orgullo mamífero y aceptar la gravedad. Elizabeth añadió la regla de que todos debíamos hacer un ruido cuando nos tirábamos. Esto resultaba un tanto creativo para mi gusto, pero estaba abierta a innovaciones. Quería ser de la clase de maestros que aprenden de sus alumnos. Kelda hacía el sonido de un árbol al caer, si ese árbol fuera mujer. Elizabeth hacía “ruidos espontáneos” que siempre sonaban exactamente igual. Y Jack Jack decía, ¡Fuera bombas! Al final de la clase nos secábamos, Jack Jack me daba la mano y Kelda o Elizabeth me dejaban comida, por ejemplo un guiso o espagueti. Ése era el intercambio, y funcionaba tan bien que no tuve que conseguir otro trabajo.

Sólo eran dos horas a la semana, pero el resto del tiempo giraba en torno a esas horas. Los martes y los jueves por la mañana me despertaba y pensaba: Práctica de natación. El resto de las mañanas despertaba y pensaba: No hay práctica de natación. Cuando me encontraba con alguno de mis alumnos, ponle que en la gasolinera o en la tienda, decía algo como: ¿Has estado practicando el clavado en picada? Y me respondían: Estoy trabajando en eso, entrenadora.

Sé que es difícil para ti imaginarme como alguien a quien le llaman “entrenadora”. Tenía una identidad muy distinta en Belvedere, por eso era tan difícil hablar de eso contigo. Nunca tuve un novio allí; no me dediqué al arte, no era ni un poco artística. Era algo así como una atleta. Era toda una atleta —era la entrenadora de un equipo de natación—. Si hubiera creído que esto podía ser al menos un poco interesante para ti, te lo habría contado antes. Y quizá todavía seguiríamos juntos. Han pasado tres horas desde que me encontré contigo y la mujer del abrigo blanco en la librería. Qué abrigo blanco tan maravilloso. Tú ya estás, es claro, completamente feliz y realizado, aunque terminamos hace apenas dos semanas. Yo ni siquiera estaba del todo segura de que habíamos terminado hasta que te vi con ella. Me pareces increíblemente lejano, como alguien que estuviera al otro lado de un lago. Un punto tan pequeño que no es hombre o mujer, ni joven o adulto; sólo está sonriendo. A quien extraño ahora, esta noche, es a Elizabeth, a Kelda y a Jack Jack. Están muertos, de eso puedo estar segura. Qué sentimiento tan tremendamente triste. Debo ser la entrenadora de natación más triste de la historia.📍

Herson Barona (Ciudad de México, 1986). Es editor y escritor. Dirige la revista *Bonsái. Literatura mínima*. Ha obtenido premios de narrativa, ensayo y poesía, y fue finalista del segundo concurso de crítica de la revista *Letras Libres*. Textos suyos aparecen en diversas publicaciones periódicas y antologías de México y España. Actualmente escribe un libro de poemas con el apoyo del FOCAEM.



Poemas

Luis Miguel Cruz

SOY UNA MONTAÑA, ay, soy una montaña
porque todos nos parecemos a nuestras ciudades.

Soy un árbol, nieto de árboles, un hijo adoptivo, quizás un impostor,
quisiera ser el huésped más estable.
Me autonombro embajador, enemigo de las máquinas, de las destrucciones forasteras.

Soy un vigilante, un centinela, un velador, hijo de ciudad,
de sus ubres que me dieron juventud, de sus pastos verdes, tremendamente verdes.

*No tengas hijos, madre, por unos días no, ten una laguna blanca y estrellada
por lo menos en un viaje, ten unas flores,
el mensaje adentro del cuello de las flores: ese mensaje es para ti
y es toda la noche y sonrías.
Yo aquí voy, mitad huérfano, pero a paso seguro, sin perderme, por el mismo camino.*

Toma, soy una alcachofa, aquí dice: toma una parte y cómela.
No habremos de dejar de sentir,
somos como un pulpo que separó sus partes al caer sobre nosotros una extraña
guillotina.
Somos un resto de tentáculos amantes.
Ah qué agitación en este mar, en este mar interno en este mar,
en esta punta de la ola. Toma, ve mi corazón, detente,

cuando te asustes voltea a ver mi corazón,
veo en tus ojos que sabes de qué hablo,
cuando te asustes voltea a ver.

El amor es una daga blanca en estos tiempos
una zona precaria, un cuerpo sin piel
blando y soleado como los moluscos

una persistencia de la frente, una voluntad,
La Voluntad:

Tambor que cruza la calle a paso seguro,
son las compras del supermercado, las compras diarias,
las caminatas diarias bajo el sol.

Hay una sombra en mi boca, una rosa aplastada, un sentimiento enorme
de ombligo umbilical, hay una navaja que no sale en cada mano
un alfanje mortal, hay terror para los forasteros,
hay un rifle apuntando desde mi ventana, unos puños recios como la sal,
como la sangre, como el interior amargo en las fosas nasales,
como la prueba final, como el momento definitivo para dos, como la carne enredada,
como el momento más real.

Hay unos puños en mis ojos, hay unas dagas, duermo con espadas, soy un jardín de
armas

soy un aire irisado de peligro, un cuerpo acostumbrado a respirar un aire que quema,
que exhala fuego en las narices, que mira, acecha, tiembla, y está alerta,
que siempre sabe cómo actuar.

Soy hijo de ciudad, defensor de mi cuarto y de mi casa, soy el centinela,
los pies pesados. Soy quien está al acecho, soy quien tiene el control.

Pulsar pequeño

Latí toda la noche. Latí inexplicablemente, sin ayuda de nadie, a oscuras,
soltaron los patos que vuelan en la noche, ancharon los cielos,
corrieron los cerrojos,
lato como barca que navega calmadamente a la otra orilla
concentrado en el pulsar pequeño escasamente luminoso
y aquí aparecen todos los buenos consejos
la dedicada sabiduría zen, lo que está aún por descifrarse

El mundo desaparece sus signos
los edificios pierden sus ladrillos válidos
Las amenazas pierden su impulso

Lato casi solo entre beatífica neblina

LOOR,
llegaste después
del toque de queda
a pesar del humo, las bombas, las balas,
tú te refugiaste en cabarets
Empapada del humo del cigarro
guiñando un ojo tras el martini

Y “Alguien” sufría por un posible muerto en la batalla
por las esquirlas que podían rozarte en el aire
pero tú llegaste tarde
oliente a humo
y durmorosa
después del toque de queda

Luis Miguel Cruz (Xalapa, 1977). Estudia Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Realizó estudios de Música y Filosofía en la Universidad Veracruzana. Obtuvo la beca del FOECA Veracruz en la categoría de novela (1997-1998) y en poesía (2011-2012). Ha publicado en medios impresos y digitales. Tiene dos libros de próxima publicación. Lleva el blog <<http://faunaterrena.blogspot.mx/>>.

Aforística

Hiram Barrios

Quien es capaz de escribir aforismos no debería fragmentarse en ensayos.
Kraus

1. Nada más provocador e insolente que un buen aforismo.

(Proverbio, máxima, refrán o sentencia son afines porque guardan un mismo saber: el popular. “No engendra odio el corazón; engendra odio la lengua.” La conseja de este proverbio sumerio encuentra parangón en cualquier tradición oral, antigua o contemporánea. Así, por ejemplo, en los proverbios bíblicos atribuidos a Salomón: “El que guarda su boca y su lengua, guarda su alma de la angustia.” El mismo consejo puede hallarse en la cultura árabe. En el *Kalila wa-Dimna*: “La palabra lanzada por el arco de la lengua, al llegar al corazón penetra hondamente y no se arranca jamás”. En las “kenningar” islandesas, hacia el primer siglo de nuestra era, encontramos aquella misma lección de vida: “Espada de la boca, remo de la boca: la lengua.”

“Para mal hablar más vale callar” reza un refrán español que recupera ese saber ancestral que ya los sumerios exhortaban: cuida tus palabras —o, como se dice en México: “En boca cerrada, no entran moscas.” Civilizaciones distantes, con sistemas de valores ajenos, aconsejan conductas basadas en preceptos morales con un mismo sustento. El aforismo, por el contrario, es una suerte de antiproverbio. Las sentencias populares se erigen en los límites de la parábola; el aforismo objetiva, critica, trasciende la enseñanza: sabotea la moraleja. Uno de Mark Twain ilustra las afinidades y diferencias: “Es mejor tener la boca cerrada y parecer estúpido, que abrirla y disipar toda duda.”

La sabiduría popular del proverbio, de la máxima o el adagio es solemne, muchas veces grandilocuente y carece de intenciones humorísticas; el aforismo, por el contrario, hace con el lenguaje una fiesta, se burla de las cosas serias, las ridiculiza, las parodia.)

2. El aforismo no busca educar. Por eso es tan aleccionador.

(A veces un aforismo resulta más convincente y persuasivo que una extensa reflexión sistemática y ordenada. Ya lo dijo Gabriel Zaid: “No hay ensayo más breve que un aforismo”, aunque esta vinculación sea sólo una apariencia. El aforismo juega a ser ensayo pero no lo consigue y esto se debe a la brevedad que privilegia. No tiene tiempo para argumentar, pero parece que lo hace. Según Guido Almansi, “es un género mentiroso que tiene la virtud de la aristocracia: no teme equivocarse. De hecho, se equivoca siempre: se acerca a una verdad absoluta y después la falsea por exceso de arrogancia y perentoriedad, pero en eso está su grandeza”. Es por eso el arma prin-

cial de una filosofía portátil. Una filosofía cómoda, manejable al antojo, llevadera: una filosofía propia de cierta aristocracia del pensamiento. El aforismo y el discurso filosófico tienen muchas cosas en común: si algo enseña el aforismo es a dudar de las enseñanzas y eso es lo que ha hecho la filosofía desde su origen.)

3. El aforismo no es un género literario, es un género libertario.

(Nada mejor para liberar el pensamiento que intentar un aforismo. Género privado de grilletes formales, no lo constriñen reglas que precisen o delimiten, a diferencia de la poesía, del haikú o del epigrama. Colinda con el poema en prosa y con la minificción, la descripción o la narración trazan sus fronteras respectivas. En él caben el diálogo, la disquisición, las conclusiones personales, las notas sueltas, la imagen poética, el monólogo interno, la proclama o el manifiesto, las reflexiones angustiosas o paródicas, incluso la anécdota, la adivinanza o el chiste: es esencialmente producto de la hibridación.)

4. Como las islas, el aforismo vive separado del mundo. Le precede el silencio y éste mismo sobreviene tras la lectura.

(Juan Villoro clasifica a los aforistas en dos grupos primordiales: los que escriben deliberadamente con la intención de que esas frases funcionen sueltas y los que sumergen esas frases en textos más amplios, para que sean entresacadas por algún lector. El *Diccionario antológico del aforismo* de Irma Munguía Zatarain y Gilda Rocha Romero sigue la misma idea: no sólo recopila el quehacer creativo de aforistas de oficio —Lichtenberg, Kraus, Lec o Cioran—, también ofrece una copiosa selección de frases extraídas de la narrativa, el ensayo o la poesía. Frases que, según las antólogas, cumplen con los requisitos para considerarse aforismos: autonomía de la idea, brevedad y concisión. Aunque son quizá muchos más los ejemplos que pudieran extraerse del segundo grupo, habría que centrarse en el aforismo que nace y se presenta deliberadamente como una frase que ha de funcionar suelta. A las demás habría que considerarlas como citas, aun con la supuesta independencia que pudiesen desplegar.

Distinguir el aforismo de la citación permite apreciar las sencilleces, las dificultades, las limitaciones y los alcances del género. La cita depende de un contexto que no se puede soslayar: “Decir que el arte es todo aquello que el artista considera como tal equivale a mitificar al artista” —escribe Jorge Juanes—. La frase anterior podría ser tomada como un aforismo pero eludir el contexto en el que nace es cercenar el mensaje con el que fue concebida. Sólo al integrarla al cuerpo del que se extrajo se puede comprender su relativa independencia: “Decir

que el arte es todo aquello que el artista considera como tal equivale a mitificar al artista. Así entonces el *ready-made* puede servir para desmitificar o para recalcar la excepcionalidad del artista y sus propuestas...”. La cita en cuestión pertenece al libro *Marcel Duchamp, itinerario de un desconocido* y refiere, como se ve, a una propuesta del artista francés. Apenas expuesta sólo la parte inmediata que continúa en el texto y la supuesta autonomía de la cita se desvanece. Algo similar ocurre en toda citación. Parafraseando a Juanes: decir que el aforismo es toda frase breve, concisa y autónoma equivale a falsear el género. Confundir la citación con el aforismo es uno de los escollos más comunes en los estudios del aforismo en México. Si no se toma en consideración la necesidad del aislamiento textual se corre el riesgo de incluir como aforistas a decenas de escritores y pensadores que nunca quisieron expresar ideas fragmentarias. El recorte del discurso sólo mutilaría el sentido que tenía originalmente.)

5. Un puñado de palabras puede ser más estimulante que un tratado de psicología, sociología o ética.

(Gesualdo Bufalino indica que ocho palabras son todo lo que se necesita para un aforismo bien hecho: “*Un aforisma benfatto sta tutto in otto parole.*” Acaso el número sea un buen promedio para algunas lenguas romances, como el español:

La gasolina es el incienso de la civilización.

Ramón Gómez de la Serna.

No tomarse en serio es algo muy serio.

Eduardo Césarman.

Todas las grandes ideas fueron plagiadas con anticipación.

Sergio Golwarz.

Sólo logra satisfacernos lo que no sabríamos planear.

Nicolás Gómez Dávila.

Se trata de un número un tanto arbitrario —siete palabras tiene el “Dinosaurio” de Monterroso, que por décadas ostentó el título del más corto. Pero en otras lenguas también se cumple la observación:

Meinungen sind Kontagiös; der Gendake iste in Miasma.

[Las opiniones son contagiosas; el pensamiento es un miasma.]

Karl Kraus.

Vecchiaia: tutto diventa lontano, anche la stanza accanto.

[Vejez: todo resulta lejano, hasta el cuarto de al lado.]

Carlo Gagnani.

Good poems resolve emotions; bad ones provoke them.
 [Los buenos poemas resuelven emociones; los malos las provocan.]
 Peter Robinson.

Le poète trouve d'abord. Il cherche ensuite.
 [El poeta se encuentra primero. Entonces busca.]
 Alain Bosquet.

Decir mucho con pocas palabras no es tarea sencilla. “El aforismo —escribe Raúl Aceves— es un género breve, pero no menor”. “La brevedad —define Guillermo Samperio— es una jirafa enana.” Pequeña, sí, pero de gran alcance. José Bergamín va más lejos al afirmar que “El aforismo no es breve, es inconmensurable”. Todo puede estar en ocho palabras, diez, doce: en un puñado.)

6. Los aforistas, como los vinos, mejoran con los años.

(El arte de la síntesis demanda maestría en la práctica de la escritura, experiencia de vida e ingenio. Javier Peruchó lo cataloga como “un género de la madurez vital, intelectual y expresiva” y señala que “casi ningún escritor imberbe ha publicado aforismos, hasta ahora, en la historia literaria”. Los practicantes del aforismo son escritores, filósofos o agudos pensadores ya entrados en años. En México, Mariana Frenk-Westheim escribió sus aforismos cuando rebasaba los noventa años, al igual que Luis Herrera de la Fuente; Sergio Golwarz y Eduardo Césarman lo hicieron alrededor de los cincuenta; Leonardo Rosenberg, Salvador Elizondo, Sergio Cordero o Armando González Torres entre la tercera y cuarta década de sus vidas, ya con una considerable trayectoria en las letras. Hay una coincidencia semejante entre algunos aforistas europeos: Carlo Gagniani escribió su primer libro de aforismos a los setenta y nueve años; el polaco Stanislaw Jerzy Lec, contemporáneo de Gagniani, a los cuarenta y ocho años; Robert Sabatier, a los setenta y siete y Roger Judrin después de los sesenta. No es un género privativo de la madurez, pero encuentra en ella el campo más fértil para su cultivo).

Hiram Barrios (Ciudad de México, 1983). Es licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM. Ha publicado cuentos, poemas y ensayos en las revistas *La línea del cosmonauta*, *Arca*, *Clarimonda*, *El universo del Búho*, *Logógrafo*, *Revista Tertulia*, *Punto en línea*, *Periódico de poesía*, *Cuadrivio* y *Tierra adentro*. Escribe en la columna “Contra el olvido” del blog de la revista *Cuadrivio*. Traduce poemas y aforismos del italiano.



3er concurso de crítica cinematográfica Fósforo

JURADO: Montserrat Algarabel, Iván Farías, Roger Koza,
Lourdes Roca, Gabriel Rodríguez y Ricardo Téllez

FICC UNAM
Dirección General de Actividades Cinematográficas
Filmoteca UNAM
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Dirección de Literatura

Tokio Stories

Premio categoría Licenciatura

Luis Cuervo Laffaye

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

Like someone in love
Abbas Kiarostami
(Francia-Japón, 2012)

Like someone in love, la última película del maestro iraní Abbas Kiarostami es, como la mayoría de sus películas, una inteligente reflexión sobre las capacidades formales del cine y sobre los hábitos de consumo narrativo del público. Pero más allá de eso, y como también es común en sus films, habrá develado su complejidad en el momento mismo en que tengamos acceso a su carácter de elemento simple.



Akiko, una joven *call-girl* no hace mucho llegada de una provincia a la gran ciudad de Tokyo y acechada por un novio macho-posesivo que desconoce su vía de sustento, es enviada a ofrecer sus servicios al señor Takashi, un anciano ex profesor de universidad que dedica su retirada y solitaria existencia a la traducción de libros. Takashi, al parecer más interesado en disfrutar de la compañía de Akiko que en servirse de su cuerpo, rehuye las intenciones de la joven por consumir el trabajo y descansar. No sabremos qué ocurrió en la recámara de Takashi porque Kiarostami decide hacer un corte ahí, cuando el anciano profesor apaga la luz de su habitación. La siguiente escena nos muestra a una Akiko adormilada (sopor del que al parecer no se recuperará en toda la película: confundirá a Darwin con Durkheim), todavía medio desvestida, a bordo del automóvil de Takashi: la está llevando a la universidad. Ya en la universidad conocerá a Noriaki, quien supondrá que Takashi es el abuelo de Akiko. Takashi no desmentirá su error. Debido a una desafortunada conjunción de eventos, Noriaki descubrirá la verdadera identidad de Takashi y la naturaleza de su relación con Akiko, provocando una furia que tendrá como consecuencia no sólo la boca amoratada de Akiko —rescatada por Takashi—, sino el destrozo de una ventana y, posiblemente, de la frente de Takashi, cuyo derrumbe constituye tal vez uno de los finales más anticlimáticos de los últimos tiempos. Vienen los créditos. Vienen, también, las quejas.

Kiarostami ha sido, sin lugar a dudas, un cineasta que despierta pasiones bastante fuertes y que no suelen conocer medias tintas: o se le ama o se le odia. De esta última especie, aún sigo recordando el *dictum* del siempre provinciano e inconscientemente patrioter Roger Ebert quien, luego de ver *El sabor de las cerezas* (1997), llegó a afirmar que “el emperador estaba desnudo”.¹

La reflexión sobre la forma cinematográfica que Kiarostami ha hecho a lo largo de su extensa carrera como cineasta no se contenta con permanecer muda, esperando pacientemente a ser desenterrada por algún crítico paciente y riguroso, sino que es una reflexión que él mismo, de manera completamente consciente, ha buscado subrayar hasta el punto de volverla evidente y explícita para todo aquel que se siente a ver uno de sus films. Es sabido que Kiarostami ha afirmado con bastante tesón y constancia su deseo de crear un espectador activo que esté involucrado con lo que ocurre en la pantalla todo el tiempo y que colabore en el esfuerzo creativo; un espectador que, en cierta manera, “complete” la obra, volviéndose así un análogo del director mismo.² Es esta preferencia teórica y estética la que parece justificar el estilo elíptico de su cine.

El primer plano de la película —toda una lección acerca de la tensión emocional y epistémica que puede provocar una conversación que se obstina en permanecer fuera de campo y sobre la fragilidad del espectador ante narrativas que prescinden de cual-

¹ Disponible en inglés en: <http://rogerebert.suntimes.com/apps/pbcs.dll/article?AID=/19980227/REVIEWS/802270309/1023>

² Una idea prefigurada por Pasolini en la idea del “espectador” que describe en su ensayo “El cine popular”. Se puede leer este ensayo en el volumen editado por el CUEC que tiene como título *Cinema. El cine como semiología de la realidad*.

quier introducción o establecimiento previo— es el que va a fundamentar el tono estilístico de la película. Se trata de un plano largo de lo que parece ser un restaurante, lleno de personas conversando. Una voz femenina predomina por su cercanía, pero el cuerpo que la emite permanece fuera de campo. Esta voz conversa con alguien a quien no escuchamos y cuya identidad desconocemos. Supondremos que es una joven que habla por teléfono. Supondremos que habla con su novio. Supondremos que le está mintiendo a su novio. Supondremos que el caballero sentado delante de ella es su padre. Supondremos, después, que el supuesto padre no era su padre, sino su chulo. Supondremos que Akiko es prostituta. Y así.

Pero ese plano que nos arroja al mundo que la cinta propone va a ser estructuralmente determinante también para sostener el último plano de la misma. Akiko y Takashi se refugian en el departamento del viejo ante el asedio de un colérico Noriaki que insiste en encarar al “mentiroso” viejo. Noriaki, evidentemente, permanece fuera de campo; de él sólo escuchamos sus enfurecidos pasos en las escaleras, sus golpes a la puerta de Takashi, sus constantes gritos. El viejo, tal vez movido por la curiosidad (como la que nosotros sentimos cuando tuvimos la idea de venir a ver esta película), se asoma dos veces por la ventana. La primera vez, jugando con el suspenso de lo que no se ve pero se oye, Kiarostami hace sonar un claxon; un *gag* que nos recuerda los inicios del cine. Pero es en esa fatídica segunda vez que ese fuera de campo irrumpe con toda su fuerza a través de la ventana y lo derrumba, a él, el personaje principal. Es como si el film, reconociendo los dos extremos reversibles de la dialéctica del campo-fuera de campo, afirmara: así como el espectador ha sido puesto frente a un mundo que se le muestra en toda su opacidad,³ aquello que se muestra ha sido invadido por aquello a lo que él se ha puesto frente; el sueño de Kiarostami se ha consumado: hemos entrado a la película.

No podemos, de cualquier manera, contentarnos con este modesto análisis porque nos parecería que el esfuerzo del señor Kiarostami se vería así reducido a un mero ejercicio estilístico/formal (algo de lo que se le ha acusado, un tanto injustamente). Como ya lo hemos afirmado, *Like someone in love* es un film sugestivo en el sentido de que, por su naturaleza elíptica, no nos impone necesariamente un contenido determinado. Hay aún cierto coqueteo con el concepto de semejanza, parecido y copia que Kiarostami ya había explorado en su anterior y galardonada película, *Copie conforme* (2010). Sin embargo el pasaje más evocativo e históricamente más fuerte de la cinta ocurre casi al principio.

Antes de partir hacia la casa de Takashi, todavía en el restaurante, Akiko se muestra renuente a aceptar el trabajo que la conducirá a Takashi. La razón: su abuela proveniente de Onomichi (una pequeña ciudad del suroeste de Japón) estará de visita en Tokyo durante ese día únicamente. Akiko no ha respondido uno solo de los mensajes de voz que la abuela le ha estado enviando todo el día, esperando pacientemente

³ El espejo colocado en la recámara del señor Takashi, que debería permitirnos ver el cuerpo desnudo de Akiko (¡quien está fuera de campo!), es paradigmático en este aspecto: no nos devuelve más que un tenue y difuso reflejo en el que se vuelve imposible reconocer su cuerpo.

que su nieta se desocupe y le responda. Finalmente, Akiko decide no contestar las llamadas de su abuela y emprender el camino a casa de Takashi. Aborda un taxi y comienza ahí la escena más hermosa de la película: con la cabeza pegada al cristal de la puerta, escucha uno a uno los mensajes que su buzón telefónico ha almacenado ese día. Entre varios muy modernos telegramas que conforman nuestra actual comunicación, los mensajes de la abuela destacan por su inutilidad, su sobradez de tiempo, su voluntad de transmitir una experiencia y nada más. Confundida al punto del llanto, Akiko quiere y no quiere ver a su abuela: le habla un mundo antiguo que le parece tan lejano como el mundo extraordinariamente moderno en el que ella, una chica de provincia, vive. La ventana del taxi, que refleja la hermosa ciudad de Tokyo en toda su luminosa grandeza, también hace las veces de pantalla de protección ante la promesa del progreso y la degradación de las clases que lo sustentan (que lo sufren). La escena recuerda plásticamente —aunque a alguno seguramente le causará un poco de escozor— al trayecto en taxi de Scarlett Johansson en *Lost in Translation* (Coppola, 2003). Pero el parecido va más allá del plano mismo; Akiko está en una posición parecida a la de la protagonista de aquella otra cinta. Sin embargo, aquí se da una vuelta de tuerca más: a diferencia del film de Coppola, en el que la sensación de extrañeza, nostalgia y melancolía era más o menos comprensible, con *Like Someone in Love* nos damos cuenta de que no hace falta ir a Tokyo para sentirse extranjero: uno nunca es más extranjero y desarraigado que cuando se encuentra en casa. Sin embargo, tal vez este fenómeno sea especialmente visible en el Japón del siglo XX. Tal y como lo veía Ozu en *Tokyo Story* (1953), las circunstancias históricas por todos conocidas permitieron que dos generaciones epocalmente distintas, pero temporalmente sincrónicas, convivieran. El efecto de desarraigo era máximo. Que Kiarostami pensaba en *Tokyo Story* —a pesar de afirmar lo contrario— se vuelve evidente cuando comprobamos que Onomichi es el mismo pueblo del que provenían los inolvidables padres que visitaban a su prole en *Tokyo Story*.

La tradición repele y lo actual sobrecoge por su abundancia de exigencias. En ese mismo sentido es donde la película alcanza a conectar con el mismo problema que parecía escenificar *Tokyo Story*: qué hacer con el pasado en un mundo en el que el cambio es un imperativo y una realidad tan constante, ese pasado se ha vuelto imposible de ser experimentado como propio: el desarraigo. ●

Luis Cuervo Laffaye (Ciudad de México, 1983). Cursa el octavo semestre de la licenciatura en Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y trabaja en una tesis sobre la relación entre vanguardia, memoria, olvido y experiencia. Formó parte del Taller de Crítica Cinematográfica impartido por Adrian Martin, Jonathan Rosenbaum y Roger Koza en la Cátedra Ingmar Bergman. Ha participado en la realización de diversos cortometrajes y como asistente de dramaturgia para la obra *La muerte de Calibán*. Escribe crítica cinematográfica en el blog *Futureless Inventions*.

La tragicomedia del somos o nos hacemos

Premio categoría Ex alumnos

David Alberto

FACULTAD DE DERECHO-UNAM

Polvo

Julio Hernández Cordón

(Guatemala, 2012)

En *Polvo*, denso film de ficción por ética del realizador, cualquier parecido con la realidad no es mera coincidencia. En esta película el director y guionista guatemalteco Julio Hernández Cordón (*Gasolina*, 2008) nos habla de la redención de Juan (Agustín Ortiz Pérez), un suicida treintañero que sufre el vacío causado por la desaparición de su padre durante los genocidios de 1982 en las poblaciones indígenas, en tiempos de la dictadura de Efraín Ríos Montt en Guatemala. Juan es un hombre al que le es arrebatado su origen y tiene que enfrentar todos los días la ignominia de la traición al tener por vecino a la persona que denunció a su padre ante el gobierno reaccionario; así vive en una comunidad que no es más que polvo de donde no puede salir y confirmarse a sí mismo. A la par tenemos la historia de Ignacio (Eduardo Spiegel), un joven mestizo, realizador de documentales, que entrevista a Juan sobre los desaparecidos de la guerra civil y que tiene sus propios conflictos de paternidad, pues su hija de diez años llama padre al nuevo novio de su madre.

De modo que en *Polvo* lo más importante es la certeza de ser padre y el origen que da identidad, conflicto por antonomasia en el plano simbólico del latinoamericano en general, que se significa de plano en plano en la totalidad de la estructura de las tomas de este film. Vemos el épico dolor de los países conquistados: no saber el nombre del Padre creador, se dice que el conflicto humano más grande es la falta de identidad. Juan, sin padre, adquiere el temperamento de la madre, melancólica cuando dice: “Para mí todos los pueblos son tristes”; allí la mirada de la madre es la misma de Juan cuando toca su teclado de pilas recorriendo las calles del pueblo junto a un pastor que canta las Buenas Nuevas del Señor Jesucristo y el reino del Dios Padre, pero a Juan le hace falta tocar tierra, por eso sueña recurrentemente que se sumerge en un trozo de terreno entre los matorrales y cuando despierta en lo primero que piensa es en lo que ocupa su lugar en el pueblo, lo que se le asemeja para saber quién es, por eso circunda al traidor de su padre y a su pequeño hijo, a quienes odia. Cuando en la calle Dios pone a prueba a Juan, al tener que tocar con su teclado la canción “Mujeres divinas” a petición del alcoholizado traidor, Juan decide antes de su último intento de



suicidio, en una secuencia que lo sitúa en un justo plano simbólico-social y que lo redime a través de la venganza, llenarles de mierda un viejo camión destartalado que el traidor y su hijo atesoran como único trofeo de aquellos días de guerra civil: el camión que representa esa traición. A Juan no le queda más que el odio para saber quién es, pues lo único que escucha es el lamento de su padre en las copas de los árboles; es entonces que Ignacio, el cineasta, lo ayuda a encontrar los registros de actas ante las autoridades civiles, en donde hallan la fotografía de su padre y Juan se reconoce con la misma cara, ojos y labios. Juan ya tiene rostro para enfrentar a sus enemigos; entonces vuelve a la morada de su vecino traidor y rompe los cristales del camión, opacos como la ignominia; entra al vehículo y golpea al niño hasta asesinarlo. Todos los habitantes del pueblo apedrean el camión hasta dejarlo en llamas.

Hasta este clímax habíamos visto de plano en plano a un Juan reducido, sin profundidad de campo en los planos abiertos y secuencias que lo llevaban al mismo punto de partida seguido por una cámara que narra como testigo, que a propósito es el punto de vista de Ignacio el cineasta, el verdadero antagonista de esta historia, quien con cámara en mano confronta a Juan con su falta, con las “cosas que es mejor no contar”, como dice Juan, acerca de su padre ficticio y sus intentos suicidas. Sí, es cine dentro del cine, la cura que señala los males, y a los espectadores nos hace ver dolor sobre dolor para liberar el inconsciente colectivo. Como ya señalaba Žižec: “El cine no es la dimensión simbólica del colectivo, pero es lo que más se le parece.” Posiblemente ésta sea la propuesta de lenguaje cinematográfico a la que Julio Hernández apuesta en sus películas (*Hasta el Sol tiene manchas*, 2012, y *Las marimbas del infierno*, 2010), apuesta que le ha valido diversos premios, entre ellos el de Mejor Largometraje en el Festival

Internacional de Cine de Morelia en 2010. Con *Polvo*, su realizador se apropia del lenguaje cinematográfico que mezcla ficción y no ficción pues, como él mismo declaró en entrevista con Ignacio Juricic, los pocos documentales que ha hecho le han ocasionado grandes conflictos acerca de su relación con sus personajes y su contexto: “Me preguntaba muchas cosas acerca del propósito del material, además de mis ganas de narrar, de que me paguen por retratar a otros. Me cuestionaba: ¿Qué derecho tengo yo de exponer a la gente? [...] Me afecta. Me siento culpable de regresar a mi casa y seguir mi vida, mientras dejo un pueblo con problemas graves que a nadie le interesan y que es complicado que se solucionen. Y no me siento con la capacidad de aportar algo real.” Este cuestionamiento se expone en el personaje de Ignacio cuando dice: “Me preocupa Juan”, tal parece que para el cineasta Julio Hernández, la realidad supera la ficción.

Hemos visto cómo el lenguaje cinematográfico también ha superado la ficción, creando identidades *a priori* como en los documentales de The History Channel & The Discovery Channel con sus tendencias moralizantes, ¿pero qué sucede con esta tendencia de los realizadores contemporáneos de mezclar la ficción y no ficción en sus filmes, (tenemos en México a Carlos Reygadas, Nicolás Pereda, Amat Escalante, Michel Franco), ¿será que la realidad se nos aleja y los cinéfilos nos aproximamos al dolor de nuestros semejantes o actores no profesionales para sentirnos vivos y partícipes? No creo que esta tendencia obedezca a un lenguaje cinematográfico malogrado o un híbrido malsano, sino a la tradición latinoamericana de redimir el dolor sobre el dolor reduciendo la distancia entre el espectador y la pantalla grande.

Sin embargo, la película no acaba allí, en la exposición de paisajes desolados, empolvados, en la denuncia social, del dolor del *outsider*; que bien podría valerle premios internacionales al director por un buen ejemplo de cine latinoamericano. *Polvo* finaliza con la secuencia de redención de Juan al pasearse en la bicicleta de su padre que él mismo desenterró y en la que vuelve a Xetmanzana, la tierra ya despoblada de donde es originario para que allí nazca su hijo, aceptando su destino tragicómico junto a su ahora amigo Ignacio, ambos ya confirmados: uno no logró suicidarse y el otro no terminó su documental.

De modo que habrá que estar al pendiente del próximo largometraje del cineasta Julio Hernández (*Ojalá el sol me esconda*, 2013), donde trata temas como el narcotráfico y la realidad centroamericana en un género definido por él mismo como *western punk*, que posiblemente no le guste a todas las buenas conciencias, pero como él mismo dijo: “Se hacen películas para ganar más amigos y menos enemigos.” **P**

David Alberto (Ciudad de México, 1984). Socio fundador de la Escuela Mexicana de Escritores. Actualmente realiza la tesis de licenciatura *Relevancia de los derechos de autor en la industria cinematográfica*, trabaja en la Dirección Jurídica de Canal 22 y representa a México en el Comité de Drama del Instituto Internacional de Teatro de la UNESCO.

Ensayo de crítica cinematográfica sobre la película *Mitote*

Premio categoría Bachillerato

Axel Delie

ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA NÚM. 2 "ERASMO CASTELLANOS QUINTO"

Mitote

Eugenio Polgovsky

(México, 2012)

El Zócalo, corazón de los mexicanos, de la Nueva España y, desde 1810, de México. Este punto elegido por los dioses, lugar emblemático, apasionante, mágico y misterioso, es el ombligo no sólo de la Luna, sino de un país fascinante. En este maravilloso escenario convergen todos los ideales, pensamientos, las luchas, las alegrías y las tristezas, la hermandad y las tradiciones de una civilización majestuosa, la fascinación del extranjero y el menosprecio de algunos malinchistas nativos; la pasión de un pueblo que pide a gritos una mejor vida, un futuro esperanzador (imaginando equipararnos al poderío estadounidense); en este increíble lugar lleno de folclor es donde el cineasta mexicano Eugenio Polgovsky sintetiza la trágica realidad del país, de nuestro México.

Mitote, espléndido trabajo que describe la desunión social, la gran desigualdad de clases, el monopolio mercantilista y la tremenda ignorancia del pueblo mexicano, fomenta en el espectador la inquietud por su nacionalidad, por sus raíces, le hace ver que los goles no lo son todo en la vida. Es un film trágico, desgarrador, que desgraciadamente proyecta una realidad.

Polgovsky ingresa al tuétano del país, a lo más profundo de México, nos atrapa en la enriquecida cultura mexicana, en el pasado lleno de misterio y singular misticismo. Es aquí donde el espectador se interroga sobre sus actos, sobre lo bueno y lo malo en relación con su patria: ¿hemos actuado como deberíamos?, ¿le hemos cumplido a nuestro país? Son sin duda las grandes preguntas a las que la obra nos lleva.

La utilización de música mexicana, de cantos y sonidos nativos es bastante conmovedora, duele ver que la identidad del país, tan magnífica, desgraciadamente se ha ido perdiendo con el paso de los años, al grado de que la gente parece no estar enterada de que estamos sobre el ombligo de la hermosa Luna, sobre una tierra ancestral y llena de divinidades. El dulce pero a la vez amargo toque que le dan los sonidos y la música autóctona a la película es muy acertado. Esta cultura pareciera no tener límites, sin embargo la realidad se plasma en una triste frase: "No queremos goles, queremos frijoles"; es el lema de la desigualdad, del mal gobierno, el reflejo de la preponderancia de



un juego de fútbol por sobre a la vida de un ser humano, la cultura y las tradiciones mexicanas.

En este documental, Eugenio Polgovsky toma por asalto la historia del país y la entrelaza con el triste presente. Muestra y hace hincapié en la cultura mexicana, nos habla sobre la formidable grandeza de aquellos guerreros, de su increíble fuerza y apasionante forma de vivir; el film hace un contraste muy interesante y expresa cómo toda esa sabiduría y grandeza se ha convertido en polvo, se hizo añicos. México se convirtió en un país totalmente desunido. Nos muestra al gran Huitzilopochtli (dios de la guerra) observando cómo todo se derrumbó, cómo el afán de proteger los intereses de unos cuantos es mayor que el orgullo y la tenacidad de muchísimos otros.

Con una buena dirección, a través de pertinentes entrevistas la película nos presenta la opinión no sólo de algunas personas, sino el sentir de las más de cien millones de almas que conforman el plumaje del águila azteca, que están inconformes con sus gobernantes. Nos muestra ese grito de guerra y libertad, esa búsqueda de igualdad, ese coraje en contra de la privatización, esa cruel realidad que azota las espaldas de los trabajadores.

Tal parece que este conflicto se logra tapar con una pantalla en pleno Zócalo, con un gol, una botella de tequila y un Ángel de la Independencia colmado de seres hipnotizados. Es así como convencen a muchos de que todo está bien, de que todo es correcto, de que México ganó algo... tristemente un partido del mundial de fútbol.

El manejo de cámaras en esta producción es bastante bueno, a pesar de ser un documental que posee escenas con fuertes movimientos, como en la celebración de la "victoria" de México en el fútbol, que por cierto resulta desalentadora debido a que se observa un puñado de gente entonando lo que para ellos es como un himno apasionante, "Cielito Lindo", mientras que nuestros ideales, los anhelos de muchas personas y el coraje del pueblo se van por la borda. El "cielito" del mexicano es bastante gris, muy nublado en cuanto a esperanzas de renacer, de que sean los miembros del pueblo los verdaderos dueños de su propio destino, los dueños de la luz que iluminará nuestro cielo, los dueños de México.

Mediante el contraste de vivos colores en las escenas del mitote armado por futboleros y electricistas se intercalan de manera sombría imágenes de la cultura prehispánica que transmiten el desgaste cultural por rescatar. Polgovsky nos muestra un



bicentenario, un mundial de futbol, un partido, toda una fiesta y una locura, todo un “mitote” mexicana, todo un alboroto social, una celebración efímera y racista, ¿qué felicidad puede tener un electricista desempleado?, ¿qué felicidad puede tener un pueblo sin educación, sin igualdad, con desempleo y sin una firme esperanza? El film nos muestra lo difícil que es creer en la felicidad cuando un país está al borde de la quiebra.

Una gran recopilación de información y muchos contrastes es lo que se proyecta, y hace que en su corta duración (cincuenta y tres minutos), el espectador mantenga esa sensación de angustia por lo que pudiese pasar en el futuro, por la incertidumbre de cada uno de los hombres en huelga, por la necesidad de un pan para comer de cada uno de los desempleados. El documental desarrolla un sentimiento de dolor que sólo se corregirá si cada uno de nosotros cambiamos ese “mitote” futbolero y electricista por una celebración libre de inconformidades sociales y fanatismos, por ser mejores seres humanos, por ayudarnos y sentirnos orgullosos de tener un buen gobierno, de no ser un mito sino una realidad palpitante y llena de júbilo. **P**

Axel Delie (Ciudad de México, 1996). Cursa el tercer año de bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria Número 2 “Erasmus Castellanos Quinto”, UNAM. Ha tomado diversos cursos sobre historia del cine y apreciación cinematográfica.

No haces más que sufrir

Premio categoría Posgrado

Elizabeth Teresita Guzmán Martínez

FACULTAD DE ECONOMÍA-UNAM

Like someone in love
Abbas Kiarostami
(Francia-Japón, 2012)

Akiko es una estudiante de sociología no muy brillante que financia sus estudios en Tokio, que había abandonado cuando tenía dieciséis años, ejerciendo la prostitución en una sociedad que condena dicha profesión, pero permite la violencia física y psicológica. Su proxeneta Hiroshi, sin importarle ni el examen que ella presentará al día siguiente, ni la visita de la abuela que deja mensajes sobrecoedores en el buzón de voz del celular (línea telefónica particular del trabajo), la envía a hacer una visita a Takashi, un octogenario amigo suyo y antiguo profesor, ahora jubilado, que se dedica a hacer traducciones y a brindar lo mejor que tiene a las personas.

A regañadientes, Akiko es conducida a sus labores sin poder evitar en el camino echar un vistazo afuera de la estación de trenes, donde una desvalida anciana lleva esperando todo el día ilusionada al pie de una estatua.

El trayecto es largo y parece interminable a pesar de que el punto de reunión está a una hora de distancia; el encuentro entre estos dos mundos no podría darse sin delinear en el camino los contrastes que los separan: de una ciudad cosmopolita abundante en jóvenes, caos, ilusiones, reflejos y colores, a un poblado lejano, casi vacío y oscuro.

Abbas Kiarostami, el director, laureado iraní de setenta y dos años, financió sus estudios trabajando en algo no relacionado con su carrera, y tal vez sea esto lo que vuelca en su película a manera de ingrediente vivencial, aludiendo también al abandono del hogar a temprana edad por parte del protagonista para buscar mejores oportunidades, hecho impreso en el film y referenciado por él a manera de metáfora como una regla de la naturaleza.

Curiosamente, su sensibilidad a la luz puede ser la razón por la que le queda tan bien pertenecer a la generación de cineastas de la nueva ola iraní, cuyas historias tienen la característica de incluir conversaciones dentro de coches usando cámaras estacionarias. En *Like someone in love*, pocas escenas son en espacios abiertos o luminosos, dejando al espectador con una barrera adicional entre él y los protagonistas, un cristal que los separa y un sentimiento de enclaustramiento particular para así involucrar más a su audiencia.

La violencia ha sido partícipe desde su primer trabajo (*The Bread and Alley*, 1970), expresándose en la confrontación de un niño contra un perro agresivo. Y es en su película *Mossafer* (1974) de donde sacamos otro elemento presente en esta obra: la indiferencia de sus protagonistas a las consecuencias y efectos de sus actos en los demás, particularmente en aquellos cercanos, ya que la búsqueda de la consecución de sus objetivos es prioritaria. Como admirador de la vida, había tocado ya el tema de la prostitución en *Ten* (2002) al mismo tiempo que delineaba sus historias en carreteras y automóviles como un espacio para la charla y la reflexión, con su muy particular técnica de composición que en esta película nos deja con un final tenso y abierto y tan involucrado con el arte que no deja de introducir un poco de su fondo en ella. Su crónica de casi veinticuatro horas en la vida de Akiko le sirve para evidenciar el punto al que quiere llegar con la historia, una tendencia en sus películas.

Los actores parecen estar encerrados en una burbuja, protegiéndose del exterior violento, un lugar donde pueden desenvolverse naturalmente, espacios cerrados como interiores de autos o departamentos, hasta que alguien llega a trastocar sus recintos, a modificarlos dejando algo de sí en ellos.

En *Como alguien enamorado*, también conocida como *El final*, encontramos dos personajes diametralmente opuestos, que son contrapartes de la protagonista, y que a pesar de ser tan diferentes incitan a preguntarse dónde quedó el romance o si el amor acaba. Si todo ello se difumina entre los celos, el olvido, el ímpetu de dominación y de apropiación del otro.

La película abre con una discusión telefónica entre Akiko y un interlocutor desconocido que después descubrimos es su novio Noriaki. A pesar de la tensión, es el único punto en todo el lugar que se antoja iluminado, brillante. A partir de ahí veremos siempre a Akiko desconsolada y triste, inmune a la alegría, extraña a los chistes y con pequeños esbozos de sonrisas que sólo se permite en compañía de Takashi, su par anciano.

La conducta obsesiva de Noriaki se manifiesta con su petición de contar los azulejos del baño para así descubrir la mentira sobre su paradero real. Akiko evita el confrontamiento al no romper la relación de dependencia que tiene con Noriaki. En el trabajo se escuda alegando la presencia de su abuela en la ciudad y la preparación de su examen del día siguiente. Más adelante vemos que ésta es una característica también en




Takashi cuando a pesar de estar ocupado acepta la petición “urgente” que le exige su amigo al teléfono; ambos personajes hacen cosas que no quieren.

Hiroshi es el más racional porque explota su negocio en beneficio propio, logrando su cometido al actuar lógicamente. Su consejo es el más ecuánime de todos: “Es normal tener peleas.” En el trayecto vemos a una indefensa Akiko agazapada en un rincón del taxi acompañada únicamente por el enternecedor recuento de mensajes de voz de su increíble abuela (*en off*) dispuesta a soportar toda una estadía de frío, hambre, lluvia y soledad para unirse a su nieta. El único ser que le entrega un amor incondicional, expresa cómo sigue la vida en aquel poblado del que partió, “Miko se casó”, desde una cabina frente a la estación, es también el más desdeñado e ignorado de todos, tanto que sólo lo vemos a la distancia, como Akiko la ve: inalcanzable.

“Like someone in love” es la canción que suena en la cita de Akiko y Watanabe Takashi, una persona que lo da todo y no es retribuida apropiadamente. Caballeroso y educado, es un profesor emérito jubilado ajeno al mundo de Akiko, que vive en una villa rural llena de familias y niños como queda claro en las tomas que hacen de la calle. Es una conjunción de contradicciones, no es la dama la que le enseña a hablar al perico, el proceso es al revés, cuando Akiko le trae frente a frente a Takashi la realidad violenta no académica que hasta entonces conocía, como en el cuadro que marca el nacimiento de la identidad japonesa en la pintura. Takashi es el inverso absoluto de Noriaki, el machista posesivo que afirma que las mujeres no necesitan experiencia para casarse. La relación entre Akiko y Takashi es la contraria a la que tiene con Noriaki. En la primera está el dialogo entre los personajes, en la segunda la aprehensión, representada por un consejo a Noriaki: “No dejes que se te vaya, no tiene caso ponerse a dudar.” El miedo a perderla y no encontrar una pareja igual está presente, pero él disfruta la posición de poder que goza a su lado y el abuso que ejerce sobre ella, recibiendo a cambio respuestas falsas en un marco de paranoia absoluta, “por eso quiero casarme con ella, para que no le quede otra opción que responderme”.

Noriaki se constata como el controlador al ejercer la misma violencia de la que dice querer proteger a Akiko, utilizando sus dotes de karateca incluso contra sus compañeros de trabajo cuando su posición se ve amenazada. Se niega a reconocer que el monstruo devorador no viene de la sociedad, no es el objeto de estudio distante de Takashi: es el día a día en la vida de Akiko, que se repite en muchas mujeres y no sólo en las similitudes de su apariencia. Noriaki se aprovecha de esos sujetos débiles que la cámara nunca toma en contrapicada, se queda delante como copiloto, se introduce medio a la fuerza primero, a golpes después; desprecia que su novia estudie porque eso la situaría por encima de él, defiende lo poco que tiene porque no le queda más, es tan insignificante que por ello Takashi o Akiko no se explican qué vio ella en él además de su fuerza.

Entre lo urgente y lo importante, el único consejo que puede darle el abuelo sumiso es no casarse con esa mujer, no hacerle preguntas, sino aceptar las respuestas que ella da. Opta por la opción pasiva, contemplativa, cuando se está con una personalidad de acción no podemos saber lo que nos depara el futuro. Takashi sentencia: “Lo que será, será.” 

Elizabeth Teresita Guzmán Martínez (Ciudad de México, 1987). Es licenciada en Finanzas por la Escuela Bancaria y Comercial, estudiante de Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y cursa la maestría en Economía en la UNAM. Es becaria del Conacyt y está desarrollando un proyecto de investigación sobre política internacional.





Universidad Nacional Autónoma de México
